



AMERICA

REVISTA DE CULTURA HISPANICA

CONTENIDO

JORGE ESCUDERO: Conferencia en el centenario de Hegel — **FERNAN SILVA VALDES:** Poemas. — **GONZALO ZALDUMBIDE:** Heraldo. — **ANTONIO MONTALVO:** Poemas. — **HUGO MONCAYO:** El poeta Humberto Fierro. — **REMIGIO ROMERO Y CORDERO:** Poemas. — **JOSE VASCONCELOS:** La nueva ideología. — **TELMO N. VACA:** Poemas. — **CESAR E. ARROYO:** La inspiradora de "Tristán e Iseo". — **JOSE ORTEGA Y GASSET:** Un discurso trascendental. — **ANTONIO MONTALVO:** Francisco Contreras. — **S. JOSE M. LEORO:** El Sr. Dn. Pedro Moncayo y Esparza. — **HUGO MONCAYO:** Revista de libros. — **AUGUSTO ARIAS:** Libros ecuatorianos.

Año VI

Nº 47.



AMERICA

Publicación del GRUPO AMERICA

Directores:

Augusto Arias

César E. Arroyo

Alfredo Martínez

Suscripción, en América y Extranjero,
entrega de seis números:
Un dólar

Dirección postal:

GRUPO AMERICA,

Casilla 75. Quito, Ecuador. S. A.

A los escritores de lengua española

EL GRUPO AMERICA ruega, de una manera especial, a los escritores de habla española el envío de sus publicaciones para dedicarlas a la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos. El Grupo remitirá en cambio, su revista y los libros que publique. El intercambio intelectual es indudablemente, el medio más eficaz de contribuir a la realización de los propósitos de concordia hispanoamericana.

GRUPO AMERICA

SOCIOS:

Arias Augusto
Arroyo César E.
Albornoz Miguel Angel
Bustamante Hipatia Cárdenas de
Barrera Isaac J.
Bossano Luis
Escudero Gonzalo (ausente)
Jaramillo Alvarado Pío
Moncayo Hugo
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuel María
Velasco Ibarra J. M. (ausente)
Zaldumbide Gonzalo (ausente)

SOCIAS COLABORADORAS:

Adelaida Velasco Galdós, en Guayaquil
María de la Torre id.

SOCIOS REPRESENTANTES:

Víctor Hugo Escala, en Venezuela
Guillermo Bustamante, en la Argentina
Benjamín Carrión, en el Perú
Hernán Pallares Z., en Inglaterra

BIBLIOTECA DE AUTORES HISPANOAMERICANOS

El Grupo América ha recibido los siguientes libros cuyo envío agradece efusivamente a sus autores y editores.

ARCHIVO DEL GENERAL MIRANDA. Edición ordenada por el Gobierno de Venezuela, a cargo del Doctor Vicente Dávila. Tomos recibidos: I, II, III, IV, VII y VIII. Caracas. 1930.

BERNARDO PUERTA G.: *El Ocaso de un Genio, o el acibar vertido sobre el alma de Bolívar.* Medellín, Colombia. 1930.

BERNARDO PUERTA G.: *Desilusiones de Bolívar y Batallas Emancipadoras de América.* Medellín. 1923.

BERNARDO PUERTA G.: *Semblanzas Heroicas.* Medellín. 1928.

ARTURO USLAR PIETRI: *Las Lanzas Coloradas.* París 1931.

ARTURO CAMBOURS OCAMPO: *La Novísima Poesía Argentina.* (Colección). Ediciones de la Revista "Letras". 1931. Buenos Aires.

FABIO FIALLO: *Cuentos Frágiles.* Santo Domingo, República Dominicana. 1931.

FABIO FIALLO: *Las Mejores Poesías Líricas.* Santo Domingo, República Dominicana.

VICTOR J. BUSTAMANTE: *Ensayos Filosóficos - Literarios.* Envío de la Biblioteca Nacional de San Salvador. Rep. de El Salvador

TULIO FERRERES CORDERO: *Don Quijote en América, o sea la cuarta salida del Ingenioso Hidalgo de la Mancha.* Tercera edición. Mérida, Venezuela. 1930.

ROMULO MENESES: *Nuestra Unidad y Otros Panoramas.* Grabados en madera, de Pablo Iturri Jurado (Ramón Katari). Ediciones "Meridiano". La Paz, Bolivia. 1929.

NICOLAS FUSCO SANSONE: *Cuentos para un Lector Desconocido.* Montevideo. 1931.

GRAZIELLA BARINAGA Y PONCE DE LEON: *De la Fuente Infinita.* (Sonetario). Portada de Esteban Valderrama. Habana. 1931.

JOSE DE LA CUADRA: Repisas. (Narraciones breves). Guayaquil, Ecuador. 1931.

JORGE ICAZA: "Como ellos quieren" ¿Cuál es? (Teatro). Editorial Bolívar. Quito. 1931.

CARLOS ARTURO CAPARROSO: Silva. Bogotá. 1931.

STAYAN DANIEFF: Abandonados. 25 de Mayo 722. Buenos Aires. Argentina. 1931.

J. GUILLERMO GUEVARA: La Rebelión de las Provincias. Lima 1931.

Envío de la Atenea "La Nave", de Madrid:

JOHN STUART MILL: La Libertad.

DR. PAUL CORTON: El Decálogo de la Salud.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA: Azorin.

LA ANTORCHA

Director:
José Vasconcelos

Gerente:
Carlos Desembrosis Martins

Suscripción:
Un año, 3 dólares 60 ctvs.

Dirección postal:
19, rue La Condamine, París

I M A N

Directora:
Elvira de Alvear

Secretario de Redacción
Alejo Carpentier

Suscripción anual:
Países de América, 3,50 dólares

5, Avenue Frédéric Le Play
Paris (VIIe.)

ELITE

Revista semanal ilustrada

Director-editor:
Juan de Guruceaga

Redactor literario:
Carlos Eduardo Frías

Suscripción anual:
60 bolívares

Caracas, Venezuela

MONDE

Directeur:
Henri Barbusse

Redacteur en Chef:
León Werth

Comité directeur: Albert Einstein,
P. Fireman, M. Gorki, M. Karolyi,
M. Morhardt, Upton Sinclair, Ma-
nuel Ugarte, Miguel de Unamuno.

50, rue Etienne-Marcel, (Paris (2e.))

UNA GRAN SOLEMNIDAD ARTISTICA

El día 22 de Noviembre último, festividad de Santa Cecilia, patrona de la música, será inolvidable en nuestros anales artísticos. En ese día se cantó por primera vez en Quito, en el templo catedralicio, la gran misa en do mayor, de Beethoven.

La magna partitura maquete de la sublime misa en re, la obra cumbre del formidable sordo de Bonn, fué interpretada, de manera condigna, bajo la dirección de la batuta maestra de Sixto Durán, por la orquesta y coros del Conservatorio Nacional, por la Capilla Franciscana, dirigida por el eximio músico Padre Azcúnaga, por los coros de otras comunidades religiosas, y con la cooperación valiosísima de otros cantantes de verdadero mérito, entre los que se destacaba con su magnífica voz de soprano dramática absoluta, la señorita Marietta Viteri, nuestra diva nacional.

Las cinco gloriosas partes que comprende la maravillosa creación beethoveniana conmovieron a los numerosísimos fieles católicos y laicos, que llenaban las amplias naves del templo.

El *Kyrie*, expresión patética de la plegaria del pecador contrito; el *Gloria*, himno augusto de plenitud; el *Credo*, afirmación de las verdades supremas; el *Sanctus*, fervida plegaria de consagración al tres veces Santo; el *Agnus Dei*, cántico inefable a la Eucaristía, ápice sagrado en el proceso del alma hasta fundirse con Dios, llegaron a penetrar muy hondo, con sus dardos traspasantes de armonía, en el alma y en el corazón de los oyentes, que salieron poseídos de una honda emoción mística y estética y con la convicción de haber asistido a una extraordinaria solemnidad artística, de esas que analtecen a un pueblo y honran a una cultura.

CONFERENCIA

JORGE ESCUDERO

Esta erudita conferencia fue pronunciada el 14 de Noviembre, en el Paraninfo Universitario de la Central por el señor Profesor de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras, don Jorge Escudero, en la Sesión Solemne con que conmemoró dicho centro el centenario hegeliano. Su autor accediendo a nuestro pedido, nos ha hecho el bien de cedérsela y la publicamos ahora con el rendimiento debido a la excelente figura científica del Maestro y al mérito, originalidad y paciente análisis de este notable discurso del joven e ilustrado profesor.

Señores:

He recibido la consigna intelectual de sustentar el discurso, en el acto recordatorio que la Universidad Central del Ecuador dedica a Hegel, el integral "filósofo de la idea", y aunque ni la zona de mi especialización científica ni la naturaleza de mi enseñanza, coincidan con la de la historia y exégesis del pensamiento hegeliano, preocupaciones de la Historia de la Filosofía y de la Filosofía en general, ese mandato constituye para mí un irrenunciable deber al que me ciño y un honor nada común que acepto agradecido. No de otra manera podía acatar al primero y acoger al segundo.

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, laboratorio de la cultura matriz que recientemente alborea en nuestro país y de la cual está menesteroso, tenía que asociarse como se ha asociado al concierto de homenaje que el mundo rin-

de a la humanidad y mente de Hegel, en el primer centenario de su muerte, muerte que es vida cuando la vida se entrega al espíritu, en uno como holocausto de inmortalidad.

El 14 de noviembre de 1831, moría Guillermo Federico Hegel, pero su sistema filosófico e ideológico en surtidos sectores de la especulación científica, se dilataba y robustecía con la plenitud de la supervivencia.

Lejos de mí el corriente fetichismo de considerar que el transcurso del tiempo es la base del engrandecimiento del hombre. Este es lo que es y no lo que las generaciones futuras, a través de la lente mayúscula de la distancia temporal, le asignan. Y mucho más, cuando una individualidad como la de Hegel, en el alto relieve de una super-historia, forja un sistema de interpretación de la naturaleza en la imagen de la idea, en desasimiento de toda realidad. Así, nuestro filósofo siendo coeficiente de su tiempo, ya que respira las influencias mediatas e inmediatas que le circundan, es un filósofo que pudo vivir y pensar, como vivió y pensó, en cualquier ciclo cultural de la especie humana, para glorificación de ésta. Apenas, tal cosa sucediendo, hubiéranse operado en su personalidad, y por ende, en su obra, los cambios que *mutatis mutandi*, las circunstancias contingentes de la vida, la psique y la sociedad hubiéranle impreso.

No sin emoción llego a los umbrales del pensamiento hegeliano, vacilando para orientarme en su vastedad y lo que es más grave en su profundidad, la que sólo es perceptible para el espíritu dilecto, ausente de mí. Pero si esto me falta, me sobra la curiosidad, que, aunque carente de las dotes profesionales, osa entenderla y en la medida de mi expresión, traducirla a vosotros, en hora tan solemne.

Quiero anticipar que para agotar la obra de Hegel, el estrecho límite de un discurso, viene puerilmente corto. De ahí que arremeteré el conocimiento de la obra de Hegel, supeditándolo al conocimiento de la personalidad del mismo, en coordinación del producto con el sujeto productor. En consonancia con este esquema, me cumple estudiar la filosofía hegeliana, en función de la época en que vivió, de acuerdo con la relatividad mesológica, para luego constatar la exactitud de esta relación. Luego descenderé a considerar las condiciones esenciales bio-psíquicas que le caracterizaron y su singular estructura ideo-afectiva, para finalmente determinar la vinculación de Hegel con sus antecesores, contemporáneos y sucesores en el pensamiento, merced

a esa ley que en Sociología denominase de la interferencia consciencial o del contagio intersíquico.

El hombre y el medio

histórico y cultural en que vive

Penetrar en la realidad concreta del momento histórico que vive Hegel, implica tarea que considero, al par que imprescindible, sumamente dificultosa. El surgimiento de las tendencias culturales más variadas en su contenido, circunda al filósofo en su incansable peregrinar por los sistemas que comandan la actitud filosófica de su tiempo. Se comprende así que el producto que engendra sujétase al ritmo de una evolución continuada, cuyos comienzos están muy al principio de su vida y cuyo progreso ininterrumpido ocupa aún sus postreros momentos.

Ya en el año 1788 lo vemos concurrir, después de terminados sus estudios de gimnasio, a los cursos obligados de Filosofía y Teología en el seminario de Tubinga. Durante su estada en el gimnasio ejercen decidida sugestión sobre su espíritu los escritores de la Antigüedad clásica y, en general, el profundo conocimiento del mundo de la historia. Dos notas dominantes compulsionan entonces su actividad intelectual: los estudios griegos y los escritos de la "ilustración". Es Lessing, principalmente, quien, al fundamentar una filosofía de la historia basada en el concepto de evolución, como al considerar el fin de ésta en la religión natural, da pábulo para que se realice la desbordante inclinación de conocer del joven estudiante. La tendencia "neo-humanista", que por entonces conforma la vida espiritual alemana en la figura de la griega, y la vida griega misma, hincan en su inteligencia receptora la impronta de una nueva concepción de la vida humana.

La historia de la humanidad no ha conocido, seguramente, época alguna en que el pensamiento filosófico se haya intensificado y concentrado tanto, como aquella en que se nutre y gesta el saber hegeliano. Pues aun en Grecia, el despliegue de las cosas del espíritu, necesita dilatarse en el hacerse de un tiempo mucho mayor.

Pero el conocimiento del pasado no agota el complejo de componentes que constituye el contenido del saber de Hegel.

La Revolución francesa, agitada interiormente por el alma de la "ilustración", se desencadena trastornando todo lo estatuido, y sus amplias oscilaciones trascienden hasta el apartado núcleo de la juventud de Tubinga. Hegel, al parecer, se conmueve ante los postulados de igualdad y libertad que corren de boca en boca. Pronto habrá de engarzarse en el movimiento romántico, y luego, por lógica trabazón en el desarrollo sistemático de su pensamiento, fijará su postura ideológica enfrentándose al iluminismo liberal. De allí se desprenderán distintas concepciones sobre la comunidad civil y el Estado, ideas que las figurará en el molde del Estado prusiano de esa hora. La "restauración" verá en él la filosofía reaccionaria que más la justifique; la monarquía le aquilatará como su más noble vocero, y aún él mismo en su "Filosofía de la Historia" dedicará a Federico el Grande elocuentes páginas de ensalzamiento: verá en él al "campeón del protestantismo", al rey que "no sólo ha colocado a Prusia como potencia protestante entre las grandes potencias de Europa, sino que ha sido un rey filósofo, fenómeno totalmente peculiar y único en la Edad moderna".

En el seminario donde realizara los estudios de Filosofía y Teología, reinaba la Teología supranaturalista, en la cual la ortodoxia luterana habíase animado por el espíritu racionalista de la época e injertado en su contenido ciertos ingredientes kantianos. Su vida familiar misma estaba orientada en el sentido del protestantismo. No es, pues, de extrañar que hasta este punto, sean las motivaciones teológicas que preferentemente enfoquen su atención. En ellas se revela todavía el influjo kantiano del que se sacudirá más tarde. En general, puede decirse que son reflexiones acerca del cristianismo y sus proyecciones éticas lo que constituye el foco central de su investigación y de sus primeros escritos; ocurre esto principalmente en su "Vida de Jesús".

La relación interpsicológica no nos interesa únicamente engendrando las características animicas que dan fisonomía a las grandes comunidades humanas; da también relieve dentro de ellas a núcleos particularizados que viven englobados en esas dilatadas estructuras. De ahí que para captar la significación del proceso de una vida individual, tengamos que descender por vía analítica hasta los componentes más singulares del fenómeno de interdependencia mental. Y así, no andan descaminados los biógrafos cuando escrutan ese valioso complejo interpsicológico que se llama "círculo de amistad". El plasma, en la medi-

da que lo permiten las diferencias caracterológicas individuales, una consciencia común relevante, en todo cuanto es rica en carga afectiva y contenido espiritual. Y la amistad concede a Hegel la fecunda participación de dos almas afines a la suya, sus dos coetáneos de profundo talento: Holderling y Shelling. Aparte muchas consideraciones que les liga en el proceso de su pensamiento, es una misma resonancia simpática la que en la hora del romanticismo les impulsa juntos hacia el panteísmo.

Hasta aquí, hemos fijado los trazos más significativos de todo aquello que, desde el pensamiento ajeno, halla resonancia en el propio pensamiento de Hegel. Añadamos que su obra se desenvuelve en la cátedra y el copioso acervo de sus publicaciones, alcanzando cada vez mayor fuerza en madurez sistemática.

Así llega a dar remate al grandioso movimiento filosófico que, nacido en 1781, fecha de la aparición de la "Crítica de la Razón pura" de Kant, finiquita en 1821 con la publicación de la "Filosofía del Derecho" de Hegel.

Para adquirir personalidad autónoma había de arrancar su propia filosofía de la que le ofrecieran Kant, Fichte y Shelling, altos vigías del idealismo alemán. Mas esto lo hace en larga caminata de sucesivos estadios que le lleva, por la vía de la superación, a estructurar en el campo filosófico el idealismo más armónico, lleno de sentido y consecuente consigo mismo.

La filosofía, como toda creación mental pletórica de ingredientes ideo-afectivos, no puede comprenderse sin la referencia obligada a la condición personal del sujeto en quien toma nacimiento y vida. La peculiar trabazón conceptual del filósofo, sus capacidades temperamentales, son determinantes notables en las valoraciones personales de la verdad filosófica.

Al clasificar los filósofos tomando como criterio diferencial la perspectiva que hacen objeto de su penetrante investigación, unos quedan incluidos en la casilla de la filosofía de la naturaleza y otros en el cuadro de la reflexión filosófica del yo. En el primer caso, la conciencia filosófica especula sobre problemas del macrocosmos y forja una concepción del universo. No así cuando esa misma conciencia, por un acto de misterioso desdoblamiento, atiende al devenir de su propia sustancia, pendiendo hacia el microcosmos y erigiendo de este modo una concepción del yo.

Entiendo que todo idealismo filosófico implica esta segunda posición, pues concede la hegemonía al yo. En Hegel es, de consiguiente, la actitud que paladinamente se brinda a nuestra con-

templación. Sin embargo, filósofos como Hessen creen encontrar el tipo aristotélico en los sistemas del idealismo alemán, principalmente en Shelling y Hegel. Aristóteles es quien ha ubicado en el centro de la filosofía una ciencia universal del ser, que más tarde se le denominó metafísica. Hegel también ha tratado del ser, pero éste ha quedado absolutamente absorbido por el pensamiento, hasta tal punto que no ve en los objetos que informan el mundo exterior otra actividad que la determinación del pensamiento. La realidad exterior ha perdido así su consistencia, y el objeto exterior, carente de existencia autónoma frente al pensamiento, se revela como un producto ideal que brota del espíritu en el acto intemporal de una especie de creación. Pues bien; mal se comprende que una filosofía que desvanece la realidad exterior, no viendo en ella sino la proyección del verdadero ser, la verdadera esencia que es la idea, pueda tomársela como una concepción del Universo. Recordemos que el cambio de giro que asume la filosofía originase en Kant; efectúase en él la primera "revolución copernicana", en gracia de la cual el yo se convierte en "el sol en torno del cual giran los objetos". La elaboración posterior de Hegel acusa la misma directiva, propulsando dicha concepción hasta dar con un sistema totalmente cerrado.

Estas consideraciones llevan ineluctablemente a inquirir hasta qué punto la actividad filosófica hunde su raíz, y se nutre por ello, de los jugos vitales de lo temperamental. La nueva caracterología pretende resolverlo. El profesor Kretschmer adscribe al filósofo Hegel al tipo atlético; de consiguiente, pertenecería al grupo de los temperamentos esquizotímicos. En él podrían contarse multitud de personas de índole varia: líricos puros, naturalezas patéticas, románticas e idealistas y muchos de los filósofos clásicos. Basta enumerar los caracteres de este tipo temperamental, para poder filiar retrospectivamente a Hegel. Los esquizotímicos poseen aquello de que carecen los temperamentos realistas: "espíritu fino, capacidad de abstracción, idealismo, energía serena, tenacidad". Abrid cualquiera biografía del filósofo y encontraréis, bajo la corteza de un lenguaje diferente, el mismo pensamiento. Hay más: Kretschmer ve sobresaliendo en el esquizotímico la energía sistemática, la gélida tenacidad, teñida a veces de un misticismo metafísico. Con lo dicho basta para adquirir la convicción que de otro modo no se podría caracterizar a Hegel. En las discusiones que siguen apare-

cerán opiniones contrapuestas: unos dirán que Hegel no pudo escalar todos los peldaños que debían llevarlo a la fría concepción del panlogismo; otros, los más numerosos, se inclinarán a la consideración de que supo desasirse del ardiente arrebató romántico, de que se liberó también de las motivaciones místicas, anulando el afán religioso en la totalidad del sistema. Por adelantado conceptúo que, cualesquiera que sean las filiaciones divergentes que se descubran en él, siempre podremos encajarlas en el mismo cuño temperamental.

Temperamento esquizotímico, capacidad de introversión, autismo son una misma cosa; constituyen, por decirlo así, la cepa que vitaliza toda filosofía exclusivista del yo. El hombre capacitado para calar hondo en las soledades del yo, acaba por recelar de los objetos, de las cosas exteriores, y si filósofo, no le queda más que anularlos en un acto supremo de rebeldía metafísica. Desde este punto de vista, están plenamente justificados los asertos de Draghicesco, que capta, en lo que de medular tiene el idealismo absoluto, la significación de un nuevo antropomorfismo. Nosotros añadiríamos: es una filosofía que ha perdido el contacto vital y el sentido de lo real.

Tenéis a la vista, señores, el escorzo de una vida ilustre entre otras vidas, que cumplen el mandato de la interna necesidad histórica. Mas los exégetas al contemplarlo no lo valoran alcanzando la coincidencia. No ha mucho han aparecido dos estudios luminosos de los filósofos Kroner y Wahl. Este en sus profundas consideraciones hegelianas, afirma, sin esbozo, que no todo lo que nos da Hegel está adscrito a la categoría de lo racional: en el subterráneo de su sistema corre, a manera de un trágico sino, la conciencia que no lo es más que de lo finito, conciencia contradictoria, angustiada, desgraciada. "Antes que filósofo, afirma, ha sido un teólogo". Aun la dialéctica, por los más estimada como un monumento de racionalización de la realidad, aparece antes que un método como una experiencia, pero experiencia que la vive en la intimidad de una intuición mística que se realiza en el trágico consorcio de lo romántico y lo religioso. Es el alma cristiana enemistada con la vida, que lleva sobre sí la ponderosa carga de la herencia judaica. Originalísima concepción la de Wahl, pero muy explicable. Ha comprendido la filosofía de la juventud de Hegel, del mozo sacudido por el vendaval romántico, que únicamente aprisiona en la esencia de las cosas los conceptos fundamentales de la vida y el amor; en

su afán de generalizar, Wahl, ha explicado lo que se halla en el sistema en plena madurez por lo que germina en el amasijo embrionario de una filosofía que no se define todavía.

Kroner pisa el suelo de la interpretación clásica. Sin embargo, aprecia el pensamiento dialéctico en sus dos vertientes: lo racional y lo irracional. Apóyase en Feuerbach para definir el sistema identificándolo a una mística racionalista. En él deberíamos ver la síntesis de las dos fuerzas espirituales más grandes de la Historia Universal: "La antigüedad y el cristianismo penetrándose de manera insospechada hasta ese entonces". Chestov no se ha convencido con las argumentaciones del profesor Kroner: persevera en la creencia de la intención racionalista en Hegel, y afirma, además, que éste y Kant acabaron por perder la fe.

Las trayectorias de la

Lógica y la Filosofía de la

Historia en el pensamiento hegeliano

Si alguno de los monumentos filosóficos merece la calificación de sistemático, es el de Hegel, evidentemente. La idea, *substratum* de toda realidad, evoluciona espontáneamente conformando un universo que, contemplado por el hombre en cuanto es espíritu, y por ende, susceptible de autopercepción, se manifiesta en su plenaria totalidad. De ahí que su obra se dilate por todos los orbes del saber humano. Esta consideración incapacita el deseo de que en estas líneas se exterioricen siquiera unas pocas opiniones originarias en los múltiples distritos de su obra.

En conformidad con este programa, la exposición que sigue alcanzará únicamente los motivos que competen en la lógica, por un lado, y por otro, aquellos asuntos sociales e históricos que aparecen iluminados por su vigorosa dialéctica: unos y otros enfocarse en tanto cuanto nos brinden esto que podríamos denominar contemporaneidad de Hegel.

Por las anteriores disquisiciones no es absurdo infirmar que el total contenido de la filosofía que nos ocupa, carezca en absoluto de elementos irracionales. Mas tomemos como punto de partida la posición panologista. Esta doctrina implica la ase-

veración de que todo lo que es real es integralmente inteligible, es decir, que el espíritu al mismo tiempo que construye el universo por obra de sus propias leyes, capta en el acto de la reflexión todas las razones del ser de las cosas. La coherencia que debe guardar consigo misma esta posición, la impide establecer algo que no sea racional y, de consiguiente, real; a lo irracional se le asigna solamente una existencia transitoria, que se suprime por sí misma. El idealismo absoluto representa, pues, la forma más acabada del panlogismo. Su significación se hará transparente mediante el ejemplo tangible que transcribo a continuación, tomándolo de Hessen: "Cogemos un trozo de yeso. Para el realista existe el yeso fuera e independientemente de nuestra conciencia. Para el idealista subjetivo el yeso existe solamente en nuestra conciencia. Su ser entero consiste en que lo percibimos. Para el idealista lógico (este es el caso de Hegel) dicho objeto no existe ni en nosotros ni fuera de nosotros; no existe pura y simplemente, sino que necesita ser engendrado. Pero esto tiene lugar por obra de nuestro pensamiento. Formando el concepto de yeso, engendra nuestro pensamiento dicho objeto. El ser no es, según él, ni un ser real ni un ser consciente, sino un ser lógico-ideal". Ante estas claras y sencillas palabras huelga todo comentario complicado. Ellas implican que en el idealismo objetivo, el ser es el pensamiento, que el *logos* es la esencia de las cosas y que teoría del conocimiento o epistemología y metafísica, constituyen una única ciencia; entendido que lo que aquí llamamos con propiedad teoría del conocimiento, anda completamente diluido en la lógica de Hegel.

Para la formulación de conclusiones similares, Hegel, toma en cuenta su propia obra bajo el prisma de la historia, y se justifica muy bien en su conexión con los grandes pensadores idealistas que le precedieron. El principio decisivo de la filosofía ya había sido establecido por Kant, con el descubrimiento de las formas y categorías *apriorísticas* del conocer. Pero si bien aquí se afirma la hegemonía del sujeto cognoscente, que en cierta manera legisla en la construcción del objeto o cosa, queda aún fuera de él una enigmática *cosa en sí*, irreductible a la penetración cognoscente. La consecuencia es clara: la metafísica es imposible como ciencia; todas sus afirmaciones podrán ser negadas con el mismo derecho en virtud del cual se las puso como positivas; surgen, pues, las antinomias de la razón. Hegel, señaladamente, extenderá este concepto y verá en el proceso de lo an-

tinómico y de la síntesis de los contrarios, el impulso de toda evolución, de todo llegar a hacerse.

Los esfuerzos de Fichte por llegar a esa ansiada unidad de sujeto y objeto, abundan en vigor conceptual; más la promoción de su "yo absoluto" no acaba por esfumar el fantasma del "no yo", que se enfrenta al sujeto percipiente.

Shelling, a la manera de Spinoza, erige un Absoluto idéntico consigo mismo, del cual despliegan los orbes de la naturaleza y del espíritu; pero esta cepa primigenia del ser, permanece impenetrable y exterior a sus productos. Si a este Absoluto le damos una esencia espiritual que siga el avatar de la existencia concreta, librando en su intimidad la eterna batalla de sus elementos contradictorios, asentamos ya nuestros pies en el campo de Hegel.

En las primeras páginas de su "Lógica", se lee: "Se debe considerar la lógica como un sistema de determinaciones del pensamiento en que desaparece la oposición del sujeto y el objeto. Esta significación del pensamiento y sus determinaciones se halla expresada de un modo más preciso en esa frase de los antiguos: el *nous* gobierna el mundo". Con lo que afirma que esas determinaciones del pensamiento son los objetos, y que el espíritu, según la concepción de Anaxágoras, permanece inmanente en el mundo. Pero espíritu, propiamente, es la idea que volviendo sobre sí misma se hace conciencia, después de seguir el curso de la existencia y constituir así el soporte esencial de las cosas. Dejando aparte la serie gradual de estadios que recorre el espíritu hasta tomar la calidad de absoluto, el pensamiento posee tres características fundamentales: es conceptual, universal y concreto.

La armazón ósea de esta lógica hegeliana, moviliza en las zonas dialécticas la notable triada ser, no ser y devenir.

La realización de la idea en el mundo no es explicable sino en fuerza del juego de las oposiciones y de la superación de las mismas. En la razón recae la tarea de identificar esas escisiones que el entendimiento mantiene en separación absoluta. Ejemplos de elementos contrarios que deben ser sintetizados por la razón, tenemos en espíritu y materia, alma y cuerpo, libertad y necesidad, sujeto y objeto, identidad y diferencia. Donde mejor se patentiza el juego de la dialéctica es en la triada ser, no ser, devenir, tema del capítulo sobre la cualidad. Cualquiera reflexión filosófica comienza por poner en su objetivo el ser puro,

es decir, el ser que no posee determinación ni cualidad alguna, que no es esto ni aquello, pues es vacío de contenido; un ser así, o lo que vale lo mismo, un esquema conceptual de esta especie, tiene la significación de la nada; de este modo la antítesis se formulará así: frente al ser puro está el puro no ser. La síntesis de los contrarios se efectúa en el concepto de devenir, que es y no es al mismo tiempo.

La penosa trayectoria que acabamos de realizar en este sector de la lógica, conduce a una conclusión quizá inesperada: la dialéctica de Hegel nos expresa el mecanismo verdadero que pone en juego nuestra razón cuando actúa.

Aun el científico, que no trabaja con el material conceptual que dispone el filósofo, cuando pone en función su razón, lo hace dialécticamente.

Desde este punto de vista, el pensador que en la actualidad más cercano está a Hegel, es Meyerson. Este eminente profesor francés, ha dado arraigo a toda su construcción filosófica en las bases científicas, y, conociendo la ciencia y sabiendo la filosofía, constituye un ejemplo valioso del moderno epistemólogo. Qué función realizan las ciencias, ha sido su pregunta fundamental. Pues no otra que explicar los hechos de la realidad, ha contestado él mismo. El quid del problema se pone en adecuar un juicio que dé significado a esto que entendemos por explicar. La explicación implica, nos dice, un proceso ilimitado de identificaciones y una tendencia a encontrar las causas en las cosas concretas. Yendo de identificación en identificación, acabamos, poniendo en acción componentes únicamente conceptuales. Recordad el modo de razonar de los físicos, que descubre complejos de elementos donde un examen más superficial mostró la simplicidad, y reanudando la tarea analítica va frenéticamente en pos de ella, o para decir con la frase de Perrin, "de lo visible complicado a lo invisible simple". El otro componente de nuestra razón a su vez, quiere asirse al dato concreto, a lo diverso, a lo diferenciado, apuntando ahí la causa del fenómeno que se explica. De modo que al suponer que llevásemos la tarea de identificación hasta sus extremos límites, caeríamos en ese ser puro, idéntico consigo mismo, del que había partido la dialéctica hegeliana. Este habría sido, pues, el cometido de la identificación: destruir lo real a expensas de lo racional. Sin embargo, esa fuerza irracional de causación que nos impulsa a afirmarnos en algo concreto y diverso, contrabalancea el movimiento de

nuestra razón hacia la identidad, haciendo resurgir otra vez lo real. Tenéis, pues, frente a vosotros la famosa paradoja epistemológica de Emilio Mèyerson.

¿No se ve en todo esto a la dialéctica hegeliana rediviva? ¿Antes que Mèyerson no ha dicho Hegel, que el funcionamiento de la razón exige "en la diferencia la identidad y en la identidad la diferencia"? Mèyerson, al advertirnos el componente irracional que pone en actividad nuestra razón, ha reivindicado los altos valores de la dialéctica hegeliana. Y volviendo al comienzo; ¿no será en este devenir que se compenetra con el mundo, siendo a la vez uno y múltiple, en donde intuyen algunos exégetas de Hegel el componente irracional del sistema? En la incapacidad de responder a susodicha interrogación, básteme recalcar que la puesta en acción de la razón de un modo general, y particularmente en la ciencia, que en cierto sentido es ya metafísica, se hace a expensas del eterno movimiento pendular que va y viene de lo diverso, complejo y múltiple, a lo idéntico, simple y único. Junto a la razón siempre el fantasma de lo irracional!

Hegel y la

Filosofía de la Historia

No quiero terminar este trabajo sin llamar la atención hacia un tema de suma actualidad: Hegel inspira desde la sombra, la nueva ideología marxista. El marxismo representa, a la altura de los tiempos que vivimos, la doctrina social-económica que más alta tensión desarrolla en el mundo de Occidente.

Vamos de paradoja en paradoja. Hegel idealista, teólogo, místico, monárquico, reaccionario, según la perspectiva que dé al ojo que escruta, ¿cómo es posible que inspire al marxismo, cuya base filosófica es el materialismo integral? La conexión se realiza a través de los jóvenes hegelianos. Feuerbach engendra la transposición de los valores filosóficos: donde Hegel ve idea, él encuentra Naturaleza; aquel coloca en el centro de su sistema, la idea fundamental de la unidad del hombre con Dios en el conocimiento de su naturaleza eterna, mientras Feuerbach avanza más y humaniza a Dios. "Religión es antropología" es su frase lapidaria.

Las concepciones hegelianas sobre la Historia abundan en puntos de vista contemporáneos. La historia no se agota en el estudio benedictino de las fuentes; precisa organización, construcción de ese material por obra del pensamiento. La Historia no debe ser el hilván lineal en que corre la descripción de la vida humana: necesita de la interpretación, de la aplicación de las determinaciones de la razón. Así únicamente captamos esa interna causación que rige los destinos de la humanidad.

Falkenheim al interpretar a Hegel con respecto a este particular, dice: "Los modos de ver el mundo han de ser en cada momento tantos cuantas son las corrientes que en una época luchan por la primacía: ellos troquelan en pensamiento el contenido más interior de la época, y al traer a conciencia el querer de ésta y superar de dentro a fuera sus contradicciones, ayudan a producir una nueva época de la vida de la cultura".

Marx, con su doctrina del materialismo histórico, ha estructurado un nuevo modo de ver el mundo.

El marxismo ha desarrollado las capitales afirmaciones de Hegel en lo que atañe al Estado. Este es, según Hegel, una estructura, "una organización de miembros", que aleja la idea de considerar el todo unitario como una simple suma o colección de individuos. Estos valen por el conjunto y en el conjunto; deshecho el vínculo correlacionario se pierde el sentido genuino del individuo en la colectividad; es decir, el Estado en su calidad de estructura unitaria excede con mucho a la simple suma o hacinaamiento externo de individualidades que lo realizan. Este modo de encarar tal problema hubo de ponerlo frente a la teoría liberal nacida en la ilustración. Su refutación a la teoría atomística del contrato como base de la sociedad civil y el Estado, es contundente. Su razón no ha concebido la posibilidad de realización del individuo fuera de la organización gregaria.

La utilización que Marx diera a tan enjundioso pensamiento, por evidente, huelga de toda explicación.

En ello no está todo. La ilustre dialéctica había de animar interiormente al marxismo. Se necesitaba únicamente un cambio de postura, y ese giro lo habían de asumir Marx y Engels. Influidos por Feuerbach, valoran al hombre en la categoría de ser supremo. Se cambia la idea hegeliana por la naturaleza, y la dialéctica ideológica se trueca en dialéctica materialista; y aún más, el método trasciende hasta las cuestiones de la sociedad y de la historia. El materialismo histórico en su más genuino significa-

do, constituye la aplicación del método dialéctico a esos tópicos. Como un ejemplo: la lucha de clases sociales es la fase de antítesis; la superación en una síntesis que las englobe y las exceda: la asociación comunal.

Estos pilares conceptuales del marxismo maduran aún en el joven espíritu de la filosofía rusa.

No se me pasa desapercibido que la exposición que acabáis de escuchar, ha seguido su camino sin aludir siquiera multitud de tópicos plenos de actualidad en que pervive Hegel.

Las geniales aportaciones, fruto de larga exploración en los mundos del arte, la religión, el derecho, la psicología, no han merecido que se les dedique unas pocas palabras. Las directivas que guiaban este trabajo y los justos límites que debían encuadrarlo, imposibilitaban tal cometido.

Señores: Séanos permitido en la oportunidad, rendir el homenaje de nuestra admiración al coloso del idealismo, que puso su vida al servicio de la más auténtica cultura y de aquel saber culto que añora el infinito.

POEMAS

FERNAN SILVA VALDES

EL INDIO

Venia
no se sabe de dónde.
Usaba vincha como el benteveo,
y penacho como el cardenal.

Si sabía de patrias sabía de querencias.
Lo encontró el español establecido;
pescador en los ríos, cazador en los bosques,
bravío en todas partes y cerrándole el paso
con arreos de guerra, vivo o muerto;
siempre como un estorbo, siempre como una cuña
entre él y el horizonte.

Modelo en barro de rebeldías,
pasa como una sombra, desnudo y ágil,
por los senderos ásperos de la leyenda.
Esbelto, musculoso, retobado en hastio,
entre el cobre y el rojo estaba su color;
una señal de guerra le hacía punta a su instinto
y entonces, por sus venas
en vez de correr sangre corría sol.

Estético instintivo,
se ponía en el rostro los más vivos colores,
y en la cabeza plumas, como las aves bellas;
sí el exceso de adornos no lo hacía más indio
cuanto más se adornaba se sentía más hombre.

Señor de la comarca,
por un pleito de caza con la tribu vecina
blandía su coraje afilado en el viento;
como los troncos de la flora indígena
era duro por fuera y era duro por dentro;
su única dulzura temblaba en su lenguaje,
como en las ramas de la flora india
tiemblan las pitangas.

Vadeaba los arroyos en canoas;
 entraba a las querencias de las fieras,
 o ambulaba durante varias lunas
 en una aspiración horizontal
 —curtido de intemperie,
 rojo de sol o húmedo de tormentas—
 en los días rayados de chicharras
 o en las noches tubianas de relámpagos.

La conquista española enderezó sus rumbos;
 y en las tribus que erraban por rutas diferentes
 se ataron en un haz, alrededor de un jefe,
 para rodar a un tiempo,
 como las boleadoras.

No sabía reír ni sabía llorar;
 bramaba en la pelea como los pumas
 y moría sin ruido, cuando mucho
 con un temblor de plumas, como mueren los pájaros.

A UN RIO

Río
 condenado a jadear como los pechos;
 condenado a pasar como las horas.
 Arteria que conduce la sangre del ocaso
 al corazón sediento de la tierra,
 y se ciñe al paisaje
 como a un ramo de flores una cinta.

Río que en sus ondas
 ritma el vaivén del tiempo,
 y es como una bandera que flameara
 a lo largo, a lo largo de las patrias.

Te adornas en la espuma;
 te enojas en los riscos;
 te aburres en los puertos;
 y cambias de color por cualquier cosa:
 por una nube que pasa

El hombre que te explota y aprovecha
 te hace plena justicia sin saberlo,
 pues te ocasiona el tajo de una quilla
 y te da la alegría de una vela.

Naces en una gruta de la montaña;
bajas al llano y andas muchas jornadas;
y al sentirte cansado
formas un lago y sueñas

Eres como los hombres cuando cantas;
eres como los hombres cuando ruges;
y mejor que los hombres porque ellos
llevan consigo sus instintos malos
y no tienen orillas donde echar sus resacas.

Río, cuando cantas
no sé si estás colérico o alegre,
pues siempre lo haces mostrando tu espuma.
Eres como los hombres cuando enojan
y eres como los hombres cuando ríen,
que siempre lo hacen mostrando los dientes.

Ignoro si eres noble o eres vil;
llevas oro escondido en tus corrientes
pero en tu superficie baila el sol.
Eres noble—río—
la nobleza más vil es la del oro
pero el oro más noble es el del sol.

EL NIDO

Los árboles que no dan flores
dan nidos;
y un nido es una flor con pétalos de pluma;
un nido es una flor color de pájaro
cuyo perfume
entra por los oídos.

Los árboles que no dan flores
dan nidos

De "Agua del Tiempo".
Quinta edición.

Ni para qué nombrarla, mientras ella, reclusa en una quinta umbrosa, está forjándose un nombre, en una obra que sin duda se le parece, que se le parece sin duda como una hermana mayor, ya llena de esa experiencia, presentida antes de vivida, que es la **presciencia** de los creadores dotados de imaginación dramática. Por hoy sólo cabe anunciar que en silencio ardiente vela una alma ingenua, recibiendo callados mensajes de la soledad, copiando, con pincel todavía incierto y todavía algo tímido, las bellezas del campo en torno, y adivinando, tras el velo de su ensueño, que las pasiones andan por el mundo, rudas y duras, y a veces llegan hasta la aldea, a romper el redil ovejuno.

La paz del campo no es sino un espejismo de la ciudad. La inocencia de la vida rústica es la primera y la última de nuestras nostalgias poéticas, exacerbadas al contacto leproso de la muchedumbre. Nuestro insomnio urbano tiene urgencias inapaciguables e inventa sueños sedantes: campo, soledad, olvido. Pero por lo menos, la ciudad no da tiempo, dispersa, evapora los fermentos que la soledad incuba y a fuego lento o violento hace por fin estallar. El hombre ni silvestre es bueno. El "buen salvaje" es una de las tantas ingenuidades perversas del histérico ginebrino. Dejado al natural el animal humano más tiene de lo primero que de lo segundo. Y el campo entrega al hombre a sí mismo. La moral está en los ojos que nos miran, en el espejo en que nos miramos. Ventajosamente, la soledad es diáfana y no conserva nuestra imagen desnuda. Todo retrato verídico es un reproche.

Mas, ¿a qué tanto pesimismo en tratándose simplemente de una joven soñadora? En su primer manuscrito se entreveía, bajo la profusión novicia del estilo, de algo enmarañada y olvidadiza sintáxis, una gracia inhábil, —tanto más graciosa,— de primeriza. Pero se había dejado arrastrar por la fosca atracción del melodrama, por el falso patetismo de lo extraordinario. Había-

le intrigado, como ahora se dice, el que ni aún bajo el negro sudario de una sotana un cura se había curado de ser un hombre. Y tantas fealdades había entrevisto, que hasta chocaba que intentase retratarlas con manos tan puras.— Su segunda novela ya es otra cosa, y en tal cual toque certero, exacto, revela seguros dones. Ha dado luego a sus sueños la idealidad bañada por todas partes de realidad, en que se distingue el ardor lúcido de los poetas del empalagoso fervor de los cándidos.

En la Paz del Campo ha de llamarse este segundo ensayo, como para subrayar desde el título, sin decirlo, el contraste de la calma campesina y la sencillez provinciana con el tormento y el secreto de la pasión. Dondequiera que brama el hombre poseído de Eros o se desgarran un alma de mujer, ya no hay en torno calma que valga.

Juan González se llama el héroe de su ficción y es como uno de tantos, violento, débil, importante e inútil. Beatriz se llama el haz de ensueños y de frescura que él deshace y no puede rehacer. Insensiblemente, con su delicada tenacidad de enredadera, ella lo invade, lo cubre, y no bien comienza a enflorar abrazada al tronco de sus anhelos, alguien le corta de raíz el dulce y tan confiado frenesí.

Esperemos el éxito de este trozo de nuestra vida y costumbres para añadir un nombre de ecuatoriana a la falange de escritoras del Continente. No tendrá quizás su novela la densidad de poesía humana, la ironía superior, la lucidez infalible, la suprema y congénita distinción, el contenido dolor de **Ifigenia**; ni, sus partes descriptivas, la transparencia de égloga, la sabia y discreta rusticidad, la belleza **interna** de las cosas, no descritas, pero presentes y actuantes y envolventes, que hacen de las **Memoorias de Mama Blanca** un breve fresco a grandes toques de arte inimitable. No tendrá la cuajada dulzura, compacta de realidad íntima, esponjada de lirismo primitivo, casi bíblico, ni esa hondura de bondad poderosa y magnánima que florece sobre los tallos recios y tupidos del viril estilo de Gabriela. No tendrá el alarde sensual, el ímpetu goloso, la dionisiaca desnudez, puramente literaria, de la Ibarbourou, la Noailles americana. Pero será entre nosotros la que con más abundancia de alma, con más ingenua espontaneidad, retrate nuestros campos y nuestros usos.

Bienvenida será esta escritora, a la que cabe anunciar llamándola como a Moratin, "no indigna sucesora de nombre ilustre".

Se ha criado en un poético retiro, en un ambiente de letras y arte. Su padre, su abuelo, sus tíos han creado o mantenido una tradición de cultura clásica que ella ha respirado como aura vivificante desde su niñez. Una ingénita vocación le trae pues invenciblemente a este solaz habitual. Escribe, escribe, escribe; y atenta a la vida circunstante, quiere captarla: el alma de su terruño brota así, por su canto largo, no aprendido, como el agua subterránea por la boca de las fuentes vivas.

Ha crecido en el campo, como un arbusto sensitivo, peinada por el viento que al oído le ha contado sus devaneos. Ceres jovial, las mieses la reciben como brotada al par que ellas en el surco, del seno nocturno y pródigo de la tierra. Esculpida, alisada por las ondas de su río familiar, bruñida por el sol, es la estatua animada del paisaje. Me la figuro grande, esbelta, subconsciente, pensativa.

Poco se de ella. Era yo todavía un adolescente, cuando fuimos a visitar la morada de un amigo venerado de nuestra casa. Desde niño, le había visto cruzar, casi cada tarde, a grandes pasos, el corredor, encorvado, casi jorobado por su carga de sabiduría; entrar al comedor y sentarse cerca de mi madre que solía retenernos insensiblemente de sobremesa con su plática risueña y su perspicacia alada que revoloteaba sobre nuestras frentes. Alto, barbado, pacífico, tomaba humeante el café y charlaba sin desenfado, más bien con cierta como cortedad o timidez tranquila. Para mi madre, como para mí, era él ante todo, el antiguo amigo de mi padre; y como yo no alcancé a conocer a mi padre, la supervivencia de ese testigo del tiempo muerto revestía para mí una especie de interrogación siempre informada, una abertura sobre el pasado inverosímil. ¿Cómo puede desvanecerse todo lo que fué antes de uno y que uno prolonga inconsciente?

Un día, digo, fuimos a su retiro provincial, de antemano idealizado por la lectura de sus versos fáciles, por sus evocaciones de intimidades domésticas, por el prestigio de la distancia, —que entonces era lejos lo que ahora está cerca. Se iba en diligencia hasta su ciudad natal, y de ahí a pie a su retiro. Era la primera vez que montaba yo en diligencia. Todo camino me era entonces asombro, descubrimiento, revelación. Hoy se que ningún camino conduce a ninguna parte.

Llegamos, y aún ensordecidos de ruedas y gritos y tropel de mulas, nos encaminamos a X. No recuerdo si fue antes del

punto donde nos hallaron los encontradores. Pero en el puente fue el éxtasis ante un paisaje como de sueño, de apariencia como fugaz e inasible en la tenuidad del crepúsculo. Una hermana mía, ya muerta, todavía me abrazaba confiante y tierna.

Entramos a la casa por un patio-jardín oloroso, y las estancias estaban ya iluminadas y el temblor de luces de vela las volvían más íntimas y recatadas. Todo me parecía aún inconsistente y como increíble. A la mañana siguiente, en la claridad azul, todo apareció fijado en sus contornos netos. Hasta hoy recuerdo la casa, y el río al pie, y los árboles vigilantes y esa música numerosa del nemoroso silencio.

Ya por entonces aprendía a mirar el mundo con sus ojos claros la niña hoy mujer de ojos acaso algo ensombrecidos que sin duda dicen de ella más que ella misma. Estaba en la feliz edad de la que nadie hace caso, como escribe Montalvo en alguna parte.

Cuando la vuelva a ver, espero que será ahí mismo. ¿La veré desde el primer momento? El primer momento estaré absorbido por el afán de reconstrucción del pasado ido, olvidado, muerto, que ha de desvanecerse al primer contacto como fingido e irreal. Mas, ¿qué importa que las cosas cambien, cuando aún dentro de nosotros mismos cambian y desaparecen los seres que más amamos y hasta el ser que fuimos? Para mí todo era entonces literatura, cuadro y poema, superposición de lecturas y de escrituras. La vida ha morigerado el falaz prurito. Ahora no gusto de otro tónico que el amargo y salubre de la verdad cruda.

También la niña de ojos asombrados, día a día ha ido aprendiendo a mirar el mundo sin velos. Persevera en su rincón amado, haciéndolo con la imaginación, un universo completo. Visita todas las tardes a unas viejas tías, y sentada al rescoldo del pasado, las oye atenta y sonriente, mientras sus cabezas niveas parecen sobredorarse al reflejo de su juventud. Y regresa a su propio hogar por los senderos en que el rumoroso follaje tamiiza apresuradamente la ceniza crepuscular. Luego, a la luz de la lámpara, escribe, escribe y escribe

Quito.

POEMAS

ANTONIO MONTALVO

LA NIÑA DE NÁCAR

La niña de nácar y oro:
carne de luna amasada
con roja carne de rosas
diecisiete años románticos
espiga garzul su cuerpo
lagos de amor sus pupilas
con el sol de su melena
va encendiendo la mañana.

Sirena de mar sin aguas
en el río de la calle
pescadores los transeúntes
redes de ilusión la arrojan
pero la sirena corta
con sus vírgenes miradas
—dagas de luz de dos filos—
la maraña de las redes.

Y así va: linda hierática
azul de ensueños azules
perfumando orquídea viva
les vientos de la ciudad.
Si sus ojos decapitan
los deseos en tormento
con el sol de su melena
va sembrando claridad.

PAISAJE

Barco de veias tendidas
en el mar del horizonte
va llevándose el crepúsculo
a la tarde llena de églogas.
Adíoses le envía el ángelus
en la voz de los cencerros
el mugir de las vacadas
y en el vuelo de las garzas.

Y la torre de la aldea
—faro del mar de los campos—
en el geórgico lirismo
deja volar sus campanas
mientras — pastores nostálgicos
inmóviles bajo el cielo—
los altos cerros se cubren
con blancos ponchos de bruma.

Aveceras de ensueño
irrumpen la calma agreste:
la que modula la brisa
herida en todos los cactus
y la que cantando viene
desde su alcázar roquero
la tierna zagala rústica
de los rebaños de nieve.

La tarde se va viajera
por el mar del horizonte:
rezan silencio los prados
y tristeza los cencerros . . .
sólo quedan: en los campos
la oración de los bohíos
y en el cielo: ya lejanos
los adioses de las garzas.

Quito.

EL POETA HUMBERTO FIERRO

HUGO MONCAYO

Seremos preteridos, seremos recordados,
Volverán a buscarnos los ojos bien amados,
Como un meteoro de pasión?

H. F.

Para su hermano Ernesto, cordialmente.

Todos los días un hombre tomaba el tranvía de las doce o de las seis en la Plaza del Teatro y partía hacia el Norte, como tantos otros. Pero éste, era un hombre singular: dominador de un vocabulario exquisito, casi no hablaba; animado con una sensibilidad digna de un renacentista, parecía no sentir. Como si su silencio fuera en verdad elocuente, se distinguía de todos imponiéndose por su serenidad. Y así, hierático, sobrio, casi crepuscular, nimbado por alguna delicuescente tragedia interior, Humberto Fierro, cada mañana y cada tarde, huía de la ciudad absurda en su dinámica, hacia el norte, los paisajes abiertos y los horizontes nevados, en los cuales brilla aún el "sol de los ciervos", presidiendo, sin mirarlo, el hormigueador afán de nuestras vulgares intrigas.

Y así, a las doce o a las seis, a las nueve o a las dos, aquel que poseía los zahories de plumaje más brillante, los halcones de garra más fina, los lebreles que hubiese copiado Gainsborough, los regios potros que Géricault hiciera correr en Epsom, la argentada barca de Lohengrin o las versallescas carrozas donde el labio suspira el nombre de Boucher, cada tarde y cada mañana, rumbo a su "Quinta Verde", huía, huía...

En la ciudad, con cruel ensañamiento, quedaban aguardándole el horario oficinesco, los libros copiadotes de insustanciales tramitaciones, la gente convulsa por una eterna borrachera

utilitaria, las noticias políticas, el proselitismo importado y vana de nuestros "comme il faut" con faltas de ortografía

¿Qué podía hacer el poeta? Huir. Y su última huida es la que disculpa nuestro empeño por recordarlo, en gracia del afectuoso cariño con que en vida nos distinguió.

* * *

No serán estos los apuntamientos preliminares de una crítica de su labor literaria ni de un análisis retórico de su versificación. Horror causaban al poeta los puntos sobre las ies y horror despiertan en nosotros. Además, ¿es útil una exégesis de este orden?... Y si es útil, ¿es bella? De ningún modo: y si es un axioma en arte que lo bello es lo útil, la paradoja vive independiente del postulado wildiano de que "el arte es siempre inútil". (1)

Sin lugar a duda, una vasta y secreta hermandad vincula a todos los poetas, de cualquier tiempo que fuesen. Hay una constante simpatía aun en aquellos que, por la tela de su ropaje lírico, como más divergentes y hasta contrapuestos se presentan. El rapsoda de Quíos es una unidad que se prolonga en el Cisne de Mantua, que es otra. En el Dante circula la nieve derretida que se cristalizará en los ojos de Milton; en la multiforme inspiración de Goethe, hay un batir de alas victorhuguesco.... Y tres siglos antes, Garcilaso traduciendo a Petrarca y a Bembo, devolverá a Italia lo que D. Gonzalo de Berceo tomara de ella en el mil doscientos, así como después, en América, Olmedo, Bello o Andrade, cobrarán a España con esplendor lo que la lira de Ercilla aprendió de las sirenas del Pacífico.

América, en el siglo XIX seguía cambiando aún con la Metrópoli su oro de buena ley por las cuentas de vidrio del aventurero. Tráfico no sólo permitido sino festejado por nuestros lentos abuelos. Y esa bastarda y mediocre pléyade de los Catalinas, los Selgas, los Cisneros, los Fernán Caballeros, los Escriches, que se abismaba ante el alud declamatorio de Don Gaspar o los interminables cantos de Don José (de Espronceda), o la dulce sensiblería de las Doloras de Don Ramón,—ingenios

(1) Oscar Wilde—De Profundis.

para su época, pero de medida trayectoria e inferiores a sus maestros del Siglo de Oro,— continuaba, entre chocolate y chocolate, segando con su retórica guillotina a cuantos poetas olvidaban la cesura o el hemistiquio.

La producción literaria del Ecuador, que contaba valores tan notables como Don Juan B. Aguirre, Don Juan de Velasco, o Don Rafael García Goyena, iba a recibir el acervo de la juventud dorada de mediados del XIX, —los Meras, los Llonas, los Zaldumbides, los Corderos, los Tobares, los Sánches, los Crespos, los Riofríos, los Ponces, los Vásquez, los Morenos y diez más que todos recuerdan con cariño y respeto—, notable generación que, desgraciadamente, por la inmediata influencia que la pobre España desangrada de entonces continuaba ejerciendo en América, vertería su rico vino en las remendadas odres de la rima o del acróstico. Es la sólida ilustración clásica, de manifiesto, sobre todo, en sus producciones en prosa la que se continúa admirando en estos literatos y ella ha bastado para salvarlos del olvido. Aptitudes notables, como las de D. Julio Zaldumbide, D. Miguel Moreno, D. César Borja, ¿con qué ponderada obra nos hubiesen brindado al libertar su inspiración de la rígida cota de los eternos moldes académicos?....

Y así, las antologías de la época no ofrecieran el mismo espectáculo que los cofres de nuestras abuelas ante los irreverentes ojos de los nietos: junto a nobles vestidos de rico tafetán, frutas de cera bendecida y clavos de olor; — como en aquellas se admira el arranque épico de la oda o la severa estructura de la octava real y menudos villancicos **A un pajarito o A una tórtola viuda.** (1)

Y ésta era una epidemia continental. Solo a las postrimerías del siglo surgieron verdaderos ingenios autóctonos. México floreció con el Precursor Gutiérrez Nájera, Colombia con Silva, Cuba con el heroico Martí, Nicaragua con el maravilloso Darío. Era demasiado directa la influencia de nuestra exuberante naturaleza, la diafinidad de nuestros celajes andinos, la lujuriosa vegetación de nuestras cañadas tropicales, la poesía de nuestros recuerdos, para que no se iluminara con ella el rico surtidor de nuestra lírica. El Nuevo Mundo comenzó a revelarse. Y fueron Herrera y Reissig, —el más alto de todos—,

(1) Ver la *Antología Ecuatoriana* de 1892.

Nervo, Díaz Mirón, Valencia, Chocano, Lugones, Urbina, Rebolledo! Fueron: es decir, fué la poesía en América.

En el Ecuador, el conservadorismo como factor político aun es tan poderoso, porque su raigambre está íntimamente vinculada, más que a la ciega creencia, a la atrofia del sentido de avance de la cultura. El conservadorismo mental afianza el político. ¿Cómo desterrarlo si aún hay quienes continúan pensando con cincuenta años de retraso, viviendo como en tiempo de Don Juan Abel o llorando el *magister dixit* del doctor Casares?

Cada época tiene sus hombres: el respeto consiste en admirarlos encuadrados en su tiempo. ¿Parecería épico defender nuestras libertades ciudadanas empuñando los mosquetes de nuestros héroes?....

Así se explica que en nuestra patria, sólo en 1906 aparecen unos cuantos escritores, casi imberbes aún, que con la *adarga toda fantasía* tratan de acallar el concierto secular de las ocas, predicando lo que se llamó "modernismo".... Y al esfuerzo generosamente imprevisivo de Falconí, de Veloz, de Moscoso, de algún otro quizá, concretado en "*Altos Relieves*", respondió más que el atronador desprecio de los maestros de la época, el roer maligno de los eternos zoilos de parroquia. Y fueron proscritos y fueron escarnecidos, talvez por los mismos que ahora se ufanan en suscribir elegías lacrimeantes cuando desaparece uno u otro de aquellos poetas de raza que donosamente en vida les pagaron con su inmutable desprecio, única moneda que el arte, "que es cosa leve", puede ofrecer "a Calibán que tiene las manos toscas y duras". (1).

La claridad pareció hubiera sido lanzada al vacío. Transcurrieron algunos años de silencioso paréntesis. ¿Qué lenta germinación se preparaba en los ocultos tejidos de las líricas nebulosas? ¿Qué filtro magnífico iba a derrocharse en el Continente?....

Son los nombres de Arturo Borja, Ernesto Noboa y Caa-maño y Humberto Fierro, los que se impondrán en la literatura del país. Dos magníficas revistas de arte, *Letras en Quito* y *Renacimiento* en Guayaquil, en 1915 y 1917 respectivamente guardan los presentes de su espíritu; son ellos los

(1) Rodó J. Enrique. — *Hombres de América*.

que, en su época, harán de vestales para la luminosa lámpara que prenderá el Ecuador en el parnaso de América y que prolongará sus irradiaciones con J. A. Falconi Villagómez, Wenceslao Pareja, Medardo Ángel Silva, José María Egas y Carlos H. Endara.

Ninguno ha alcanzado el lugar de respeto a que era acreedor: el medio los tornó inadaptados. Casi ninguno poseía el sentido de la vida. Estaban demasiado bien pagados de su valía para preocuparse de los demás y así, despreciaron requerir la linterna utilitaria para alumbrar el tonel de las realidades.... Los que a tiempo rompieron la lira se han salvado de un calvario seguro. Los que vivieron "el indefinible encanto, que diría Guyau, de no descubrir sino a medias las cosas", (1) se perdieron. ¡Qué hondo lamento conmueve este recuerdo!

El mal del siglo, fué el ácido corrosivo para todos. Borja, Silva, Noboa, Fierro, han muerto. De los otros, algunos guardan los cuarteles de sus escudos líricos cubiertos con el buen polvo del tiempo. Otros se debaten en un inquieto desorden y diariamente,

Prefieren el beso de la Parca,
a todas las coronas de la vida.....

No han podido limpiar de ideas el cerebro, como pedía José Asunción Silva y se han llevado a la tumba sus ricas imágenes, sus generosas facultades, con un egoísmo suicida realmente clásico.

* * *

Al comenzar este ensayo observamos esa simpatía latente que une, en el gran parentesco espiritual, a los poetas de todas las épocas y todos los países, aun cuando su producción aparezca francamente como diversa. Que esta advertencia nos sirva de disculpa y explique el porqué de la cita que verificamos enseguida.

Theófile Gautier, en el estudio biográfico crítico que del admirado autor de **Las Flores del Mal** trazó, dice refiriéndose a Baudelaire: "No consistía su ingenio en las palabras ni en la gramática, sino que veía las cosas desde un punto de vista particular que alteraba sus líneas como las de los objetos que se mi-

(1) José Enrique Rodó. — **Hombres de América.**

ran a vista de pájaro o pintados en un techo y advertía relaciones inapreciables a los demás y cuya lógica singularidad nos sorprendía. Sus gestos eran lentos, raros y sobrios, sin apartar jamás los brazos del cuerpo, porque le causaba horror la gesticulación meridional. No era locuaz y la frialdad británica le parecía de buen gusto. Puede decirse de él que era un dandysta, perdido en la bohemia, pero conservando dentro de ella, el rango y las maneras de aquel culto de sí mismo que caracteriza al hombre imbuído en los principios de Brummel”.

Parécenos que este boceto corresponde tanto a Baudelaire como a Fierro. Nosotros, que lo vimos en esa sistole y diástole abolladora de sus diarios viajes a la ciudad; que tantas veces escuchamos su palabra “sin énfasis”, sin asomo “de gesticulación meridional”; que nos sorprendimos por esa “lógica singularidad” de sus casi infantiles prejuicios, no vacilamos en adjudicar la página transcrita al autor de *El Laúd en el Valle*. Y los que le conocieron, convendrán así.

He aquí que se cumple nuestra inicial observación. Fierro en su obra literaria como en su vida, ningún punto ofrece de contacto con Baudelaire. ¿Ninguno?... Tal vez nó. El simbolista francés titula a sus poemas *Spleen e Ideal*. ¿Y no son éstos la Scila y la Caribdis de la vida de Fierro?... Pero ya analizando la obra lírica de cada uno de ellos en particular, mientras el uno abrió con el estilete de una angustiada constancia la “carroña” de la vida y estrujó tenazmente “la naranja mustia” de todos sus fracasos, el otro se pasó por el valle de lágrimas olvidando intencionalmente su laúd y como para vengarse de la realidad, ocultándola a sus ojos tras un peplo de seda o una lente de cobalto. Se hizo la impresión de que calzaba ligeros borceguíes y de que en pos de Clori ingenua o de Amarilis esquiva, partía, bajo la sombra de los laureles rosas, en una barca de nácar, mientras en la rivera seguía aullando la vida.

* * *

“No era locuaz y la frialdad británica le parecía de buen gusto”. Y tanto la admiraba, que para él encerrarse en ella era salvarse. La vida es dura: ráfagas amargas turbaron la placidez de sus días. ¿Cómo salir siempre ileso de tan prosaicos combates con la realidad, sino dominándose por amor al “buen tono” o encerrándose aún a riesgo de perecer en la torre de mar-

fil, en "la torre más alta" que cantara Rimbaud, al advertirnos, en diáfana confesión el fracaso de los temperamentos como Fierro?

Por delicadeza,
destrocé mi vida

¡Por delicadeza!

Causa asombro ese manantial siempre dispuesto a fluir de lirismo, que se encuentra en la obra de Humberto Fierro. Rara vez, vena más rica y pródiga se pudo admirar. Yo he leído, y el recuerdo está disfumado en la vía láctea de mi adolescencia, en cuento oriental en el que tres princesas en pos de un mancebo toman un barquichuelo guiado por un genio, en una gruta de algún jardín de Bagdad o de Damasco y se dejan llevar por la corriente de un arroyo, **donde el sol miente esmeraldas**. Pero el viaje de su barca, —que obedece sin resistencia al curso del agua—, se torna cada vez más misterioso y más halagueño. Siguen de gruta en gruta, por canales subterráneos, abismadas en la contemplación de singulares perspectivas, ahogando admiraciones ante cada nuevo paisaje, sorprendiendo en las seculares estalactitas, huella de fuerzas eternas.... Las princesas dejan pasar, dejan hacer El mancebo está muy distante; el viaje es ya largo. Pero cada día se coloran con milagrosas tonalidades los crisoberilos, los zafiros, los topacios, los rubies, los grandes ópalos que rozan con suavidad de helecho los tapices de la barca... ¿Cómo detenerla?... Y así, cuando luego de una larga embriaguez justamente oriental, llegan a una playa de arenas de oro y cielo de esmalte, el reino ha desaparecido y el mancebo ha muerto. Y en la contemplación de sus largas horas tristes, tan sólo encuentran el don que la travesía les hiciera para entonces: unas cuantas joyas abandonadas...

* * *

En 1919, la Editorial "Frivolidades" publicó el Libro I de la colección **Apeles**. Era **El Laud en el Valle** del poeta Humberto Fierro. No hay para qué insinuar que fué el único que pudo imprimir la editorial. Muy pocos adquirieron tal volumen y menos aún fueron quienes adivinaron en él la aparición de un admirable poeta. La inteligente filantropía de sus amigos subvencionó los gastos que demandó esa impresión, noble empresa que sacudiendo la abulia del poeta, nos ha permiti-

tido admirarlo. Más tarde, manos familiares lograron editar **La Romanza de las Horas** del inolvidable Ernesto Noboa y tan sólo ocho años después de su muerte, — acaecida en 1912 — el empeño de un grupo de artistas ofreció la ofrenda de recopilar los dispersos fragmentos que de la obra de Arturo Borja había podido conservarse. He aquí tres libros que comprenden en sus más variados aspectos, la transformación lírica que se operará en este país — como fruto escogido de la siembra primeriza que los de **Altos Relieves** realizaron.

La influencia del **Pauvre Lelian** y de Dario, fue decisiva. Como el mismo Fierro escribirá en su "Ofrenda de Rosas", dedicada a la memoria de Borja, éste no era sino

un Verlaine aún adolescente

Y en el abandono de Noboa, en su larga agonía, en su sincero desprecio para el triunfo fácil que le ofrecía la vida, en su aristocrático silencio, parece que hubiese querido encarnar la extenuada silueta del último decadente.

Fierro debía timbrar una nota nueva en nuestra lírica. Noboa y Borja habían llorado: su llanto musical tenía mucho del de una fontana cándida, imperturbable en su labor de hilandera lunático; con **El Laúl** iba a apartarse hilo de tapices desvaídos, de viejos lienzos abandonados, alguna vez, de un **Fragonard de ensueño**, para la extraña rueda Su exquisita ilustración libresca, su señorial temperamento, su rostro de serenidad de medalla antigua, —y que tan sólo se revelaba sensible por una iluminación fugaz de sus grandes ojos de avellana—, todo en él concurría para volverlo uno e inimitable. ¿Quién hubiese podido grabar ese "Romance de Cacería", sino él, que era como un Ronsard desterrado a América, que se hubiese traído en los sentidos el galope rítmico de las amazonas, el husmeador afán de las traillas, la estilizada silueta de los lebreles y la fugitiva melancolía de los ciervos?....

.....

En las veladas de Invierno
cuando la racha gemía,
la castellana nostálgica
junto a la estufa le oía,
como un glosario galante,
leyendas de cacería.

Viendo lucir los carbones
 pensaba en la pedrería
 de los saraos de Mayo,
 mientras Tristán le leía
 y en la butaca antañosa
 la buena abuela dormía.....

.....

Y Fierro explotaba estos motivos por primera vez en el Ecuador. Indudablemente, siete llaves guardaban la vieja poesía.

La Náyade, es uno de los poemas que más dulce emoción ha producido siempre al que estas líneas escribe. "Toda exégesis en este caso eludo", como decía Darío. Nos permitimos copiarlo refiriéndonos al buen gusto de quien nos lea:

LA NAYADE

Me creía orgulloso
 Y un corazón muy seco,
 Viviendo en mis dominios
 Como un hidalgo tétrico.
 Juzgaba que mi gusto
 Fragante a tomilleros,
 Era matar la corza
 Batida por los perros.
 Y al deshojar un día
 Las rosas del Deseo,
 Bañando las distancias
 En luces de oro viejo,
 La sorprendí en un claro
 Que hacían los enebros
 Y entre las rubias frondas
 Los céfiros traviesos
 Mecían el columpio
 De un Fragonard de ensueño.....

Yo la llamaba Náyade
 Por sus marfiles griegos
 Y por su talle lánguido
 Como los juncos tiernos,
 Me sonrió unas veces
 Con un silvestre miedo,

Como la sensitiva
 Que va a plegar sus pétalos;
 Mas hay! no era un espíritu
 De encadenar con besos;
 Temía despertarme
 Pues sé que siempre sueño.
 Y al fin, un dulce día
 se hundió en el lago eterno,
 dejando entre mis manos
 los círculos concéntricos.....
 Y fuimos desgraciados
 Y siempre lo seremos' .

* * *

“No consistía su ingenio ni en las palabras ni en la gramática”. En las palabras sí, al tratarse de Fierro. Ved que admirable tacto ha presidido la confección de este romance! No hay un epíteto que no sea justo, brillante y que no esté encuadrado en la sensación total que trata de ofrecernos! No hay una imagen que desentone del conjunto sin perder su individualidad, en este exquisito *ritornello* de angustia. Y dentro de tan elegante, de tan serena manera de producirse, ved, qué hondo dolor contenido, hay en este verso:

Temía despertarme
 Pues se que siempre sueño

En verdad, manos de lirio y de reseda se requieren para aprisionar “los círculos concéntricos”, único presente que el anhelo encuentra al paso de una ilusión... El poeta las tenía, pero nada pudo para asir la felicidad:

Y fuimos desgraciados
 Y siempre lo seremos

El *never more* de Poe no nos llega tanto al alma como éste dístico, de tan franciscana sencillez, de tan fina amargura...

No vacilamos en afirmar que *El Laúd en el Valle* es uno de esos libros en los cuales ninguna página puede dejar de leerse con delectación. Cada uno de sus poemas es como una copa llena de un perfume sutilísimo. De cuando en cuando, por grietas invisibles, se escapa el alma del poeta y sorprende como un

lento sollozo, como cuando en *El Otoño de los Silfos*, pinta un cartón digno de Watteau para algún desvaído gobelino, y termina:

..... Allá al fin
hay tanta nostalgia, que finge la fuente
el alma llorosa del mustio jardín.

“¿No oís caer las gotas de mi melancolía?”, interrogaba Darío, en uno de sus más dolorosos sonetos. ¿Queréis gustar cómo cae la melancolía de Fierro?...

En DILUCIDACIONES:

.....No quiero buscar glorias, ni quiero buscar nada,
porque en cualquiera senda, me pesa el corazón.....

En LAS CAMPANAS DE LA SIERRA:

¿A quién dan y dan su cálida cita?.....
¿Será la alegría las que las agita
o alguna amargura como otra ocasión?
Sus voces oía, borrosas, dudosos,
y abrí la ventana al huerto, a las rosas,
y toda la noche se entró al corazón.

En TRISTEZA DEL ANGELUS:

Y he sentido el perfume silvestre como antes,
En el paisaje humilde que Millet firmaría
y mi corazón y mi alma delirantes,
se dan sin condiciones a la melancolía

En LA TARDE MUERTA:

Ya del sol no quedaba ni una
Mancha de oro en el infinito.
Yo no he visto cosa ninguna
Más triste que ese azul marchito....

Tendríamos que transcribir todo el libro! Poeta sincero ante todo, porque era su propia experiencia la que le dictaba esa superior manera de producirse en todos los momentos de su vida y que el vulgo nunca habría de perdonarle, — ya que el poeta se vengó de él ignorándolo—, su poesía es el espejo de su

vida. En ella hay lágrimas disfrazadas de gotas de lluvia. En ésta hubo tragedia sin disfraz alguno....

EL FAUNO

Canta el jilguero. Pasó la racha.
Entre los mirtos resuena el hacha.

La rosa mustia se inclina loca
sobre su fuente, cristal de roca.

El fauno triste, de lana rubia,
tiene en los ojos gotas de lluvia!

Gotas de lluvia!

Y sorprende verdaderamente, el que los críticos de tres al cuatro hayan calificado a Fierro desde hace diez años, con harta frecuencia, como abstruso, libresco, falso y muchos se hubieran vanagloriado de no tomar en cuenta su obra. Desde luego que el poeta era demasiado gran señor para interesarse por tales juicios y no se dignó leerlos siquiera. Como para restañar una injusta herida de olvido, toda una nueva generación lo admiró y lo quiso. Y así, cuando "alguna racha" amenazaba torturarlo, el Fauno Triste tenía en sus ojos "gotas de lluvia" tras las cuales se adivinaba ya una claridad de amanecer.

Para terminar esta importuna visita a su libro, al salir de él, detengámonos un momento en el pórtico que por emocionados salvamos de prisa. La "Carta" que sirve de prólogo al libro nos parece sencillamente admirable. Hay una cristalización de elegante serenidad, de tamizada dulzura, que vive en todo el poema. Nos atreveríamos a compararla con una de esas joyas de museo que saben aprisionar la luz de tal modo, que cada vez que la esparcen, la envían con diferente tonalidad: ¿puede alguien definir el color de un ópalo o de una calcedonia?... Poesía antigua, hondo recogimiento, los de estos alexandrinios clásicos y simples:

.... Pero aunque el dolor viejo, la mal cerrada herida,
sangra en los intermezzos amables de la vida,
aunque de mis quimeras y mis felicidades
me queda en el laud el son de las saudades,
un solo día bueno borra los malos días,
dejando el oro nítido de las melancolías....

Y he aquí, que una extraña asociación de ideas acude: es una quintilla de San Juan de la Cruz:

Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado
Cesó todo y dejéme,
Dejando mi cuidado,
Entre las azucenas olvidado....

* * *

Con la publicación de su libro primigenio, el poeta había silenciado. Tal vez no pasa de una docena el número de composiciones que entregó a la ávida solicitud de sus amigos desde entonces. Sinembargo, seguía escribiendo. Con su letra apretada, menuda, casi femenina, diariamente realizaba con calma de benedictino, su obra alquitarada y diáfana. Según nos dijera en una de las últimas ocasiones que lo oímos, tenía listos para ser impresos, tres volúmenes, dos de los cuales esperaba desde hace largos años la crítica **El Sol de los Ciervos**, **Velada Palatina** y **El Gnomo Amarillo**. Este último comprendía una serie de cuentos en los cuales languidecían pálidas Ligeias, entre begonias y amarantos. Hay que advertir que Fierro nunca permitió la publicación de una sola línea en prosa que de su pluma hubiese brotado. ¡Qué interesante sería leer esta obra póstuma!

Hasta horas antes de su muerte, un claro domingo de verano, el poeta trabajó en preparar los originales de sus libros inéditos, como avizorando su próxima partida. Sinembargo parece que nada se ha encontrado en su retiro. ¿Qué refinada fatalidad confirmaría este extravío? Hay que hallar esos poemas y esos cuentos, muchos de los cuales conocieron sus amigos. Salvarlos del olvido es el más justo homenaje que hacerse puede a la memoria del poeta y es un imperativo que en nombre de la cultura nacional, debe realizarse.

Un aspecto que vale la pena observar en la obra de Fierro y que a primera vista sorprende, es su lira heroica. Ya en "El Laúd" se registra una composición de este tema; en los poemas posteriores, — publicados en **Incienso**, en **Ecuatorial**, en **América**, o en **Espirales**, — la jornada de nuestros liberta-

dores tiene su bardo en este trovador de Tristán e Isolda. **Cabalgata Epica, El Culto a los Héroes** y algún otro justifican nuestra anotación.

Pero de toda su obra publicada hasta ahora, es el último de sus poemas, la **Sonata a Lucía**, el que ofrece con tintes de agua fuerte, un vasto paisaje sombrío de meditación. Hay en él videncia de su fin inminente. Pasan temblando hálitos de gruta cerrada, brisas de partida, por sus dulces estrofas. Un tinte azul verdoso, parece que despidieran esas imágenes que atraen con vértigo insondable. Todo en el poema no revela sino un afán por desnudar el alma para reintegrarla purificada a la gracia..... ¿No es el dolor fuente de perfección?... Fierro que había sufrido tanto, tenía desde siempre concedida la madrepora del descanso y la mano de Beatriz para cruzar la rivera del tiempo, ya que en la tierra no las había podido encontrar.

La honda preocupación de Omar Khayyam, la reflexiva amargura de Kempis, la sorda lamentación de Leopardi, la altísima melancolía de Lamartine, la interrogación ardiente de Musset ante la noche, viven actualizándose en este poema. Leedlo:

....Seremos preteridos, seremos recordados,
volverán a buscarnos los ojos bien amados
como un meteoro de pasión?
¿Alguna alma simpática, tras la jornada brusca,
conservará siquiera, como un copa etrusca,
las cenizas de una ilusión?

Cuando ya para siempre, durmamos en el Istro,
nos cantará algún pífano, nos cantará algún sistro,
bajo un poético ciprés?
¿Qué somos pues, delante de las eternidades,
qué queda de nosotros, de nuestras vanidades,
sombras del Eclesiastés?

El tiempo que destruye las maravillas todas,
la tumba de Mausolo, el coloso de Rodas,
y arrasa todo en su vaivén,
todo marchita como las flores del idilio
y hasta las mismas ruinas, tal suspiró Virgilio,
perecieron también!....

Y entonces, convencidos de la verdad tremenda,
sin que nadie nos ame ni nadie nos comprenda,
un arte que es adoración,
con rumbo hacia las playas donde ya no se escribe,
desterraremos de la belleza de lo que vive
al dolorido corazón?...

* * *

Huir del lugar común es acercarse a Fierro. Era un "imbuído en el culto de Brummel". Yo lo ví una noche en que hubo de apartar a algún importuno salvando su impasible serenidad, retornar a ella inmediatamente, y recobrándose, despedirlo con un gesto de nobilísimo abandono. Ese gesto fue como el *Rompe este cristal!* de Noboa: hizo que se trocara la turbulenta amenaza en humilde rendimiento.... No de otro modo el dulce Orfeo rescató a Euribife.

Como hemos dicho ya, Fierro muy rara vez gustaba salir de su torre. Hacia siempre vida interior; la más absurda de las crucifixiones: vivir siempre para sí! Alguna vez, involuntariamente, mi subconciencia se iluminaba con un resplandor de infancia y evocaba a esa petrificada mujer de Lot que me hacía soñar cuando iba aún a la escuela por su irredento castigo: Fierro me parecía inmovilizado a las puertas de un desierto: ¿Sufría?... ¿Soñaba?... ¿Todavía sentía?... Profundizar su alma era como lanzar un ruiseñor sobre el océano.

* * *

Me atrevería a afirmar que en su técnica sopla a veces la influencia de Herrera y Reissig, el supremo Maestro de América. La están revelando poemas como *Primavera*, *Fantasia Desobligante* y algún otro. Pero no es Herrera tampoco quien modela su espíritu de modo más profundo. Verlaine pone su lágrima en la *tofana* que embriagará al poeta: Darío deja caer su hoja de laurel alguna vez en ella. Alguien ha afirmado en estos días que M. Machado y José María Eguren, son quienes guardan con Fierro mayores puntos de contacto. No lo creemos; talvez el cantor peruano ofrezca si alguna semejanza con el nuestro, pero el español va por diversa ruta. Talvez en

Antonio Machado encontró Fierro un temperamento hermano, pero su poesía siempre es suya. Machado fué transparente en extremo, gustó cantar sus fértiles tierras sorianas, la terca aridez de Castilla. No desechó la estrofa moralizadora junto a la hoja de album o la introspectiva visión complementando el simple miraje de la realidad. Fierro fué más fino, más cuidadoso del detalle, más artista, ya que consiguió ser un orfebre de la rima. En *El Viajero* de Machado hallamos unos versos autobiográficos del poeta que pudiéramos aplicar a Fierro, acertadamente:

.....Y la fría inquietud de sus miradas,
revela un alma casi toda ausente.....

versos que iluminarán a Darío, tanto como la contemplación del poeta, para escribir *In Memoriam*:

Misterioso y silencioso,
iba una y otra vez.....

.....

Cuando hablaba tenía un dejo,
de timidez y de altivez.....

.....

Era luminoso y profundo.
como era hombre de buena fe.....

.....

Montaba en un raro Pegaso,
Un día al imposible fué.

Responso que pudiera grabarse de la tumba de Humberto Fierro.

Son los parnasianos los que han determinado la manera de Fierro: ellos abrieron el camino de los decadentes, como fueron los románticos los que les precedieron. Es Leconte de l'Isle el que se prolonga en nuestro poeta de la Quinta Verde ¿No os ha parecido alguna vez, que "Los Elfos" de Leconte, guardan la armonía de los romances o del *Fauno Triste* de Fierro?...

La renovación lírica en el Ecuador ha perdido uno de sus próceres. Ella, como una selva tropical, cada vez que se desgaja una rama, hincha diez yemas nuevas que florecerán en breve ... Tenemos una fecunda generación, que puede oponer valores líricos muy altos a los mejores del Continente: es un geiser insasiable, en el cual todos, más o menos, aportan su sensibilidad. Pero la memoria de Humberto Fierro no se empañará nunca. Vida ejemplar; obra gloriosa; ¿Qué más se requiere para no morir?... Y la muerte se ha acercado a él, tal como Medón nos la presenta en el poema saturniano, como Diana, llevando en la siniestra verdes palmas triunfales,

y en su diestra una copa con agua del olvido

Agua del olvido, que sólo entonces pudo gustar el poeta!

Quito

POEMAS

REMIGIO ROMERO Y CORDERO

PARABOLA DEL ARBOL

Recuerdo, allá, en la marca de mi aldea nativa,
había un árbol viejo de formas infelices:
una copa, redonda, pobre, meditativa,
y un tronco retorcido lleno de cicatrices.

Casi a flor de cuneta salían sus raíces;
y sus raíces eran como una llaga viva:
las vieron los viajeros de todos los países,
viajero que llegaba o viajero que se iba.

Yo, tal como aquel árbol de la marca . . . Un crepúsculo,
el alma de aquel árbol ridículo y minúsculo
se recogió en la copa, a dormir un momento . . .

Y, aún tenía el árbol conciencia de que existe,
cuando acertó a pasar por esa tierra el viento,
y se llevó el alma desde la copa triste . . .!

EL ERA UN HOMBRE RARO

El era un hombre raro . . . Su faz tenía grietas
como — tras el hervor negro del cataclismo —
la faz de los planetas
que dejan balanceando su miedo en el abismo.

Sin duda, era el más alto de los grandes poetas
Tuvo el don de sí mismo
Y conversaba a gritos con visiones secretas
Y explicaba a la Noche no sé qué catecismo.

Un día le encontraron debajo de una encina,
completamente muerto, a la hora vespertina
Sus ojos entreabiertos brillaban como un faro

Jamás durmió este insomne de las palabras bellas.
Y, como se pasaba siempre de claro en claro,
él fue quien puso nombres a todas las estrellas.

PARABOLA DE LAS BARCAS

Las noches que estoy solo, conmigo mismo, pienso
en todas las mujeres que amé, cuando podía;
más, tienen los recuerdos un modo tan intenso,
que es como si a cada una le amara todavía.

Y, así como no tienen culpa los labradores
de que nazcan cizañas entre los sembradíos,
yo no tengo la culpa de que tantos amores,
como si fueran barcas, se vayan en los ríos.

Como si fueran barcas se van yendo hacia abajo,
las unas tras las otras . . . A veces, las atajo;
y, al querer remolcarlas a la playa durmiente,

las amarras se rompen, el plélagos se enarca,
y me quedo . . . esperando que otra vez la corriente
me traiga alguna barca . . .

ABRETE CORAZON A LA ESPERANZA

Abrete, corazón, a la esperanza . . .
yo sé que alguien te guarda dulces cosas:
unruiseñor, un viaje a lontananza,
un beso, unos poemas, unas rosas . . .

Abrete, corazón . . . Todo se alcanza
al paso de las horas milagrosas,
y bien puede llegarte la esperanza
en forma de viaje, beso o rosas . . .

No ves que todo es obra del destino?
No ves que cualquier día del camino
puede ser día de uno . . . ?

Y, sobre todo, corazón, es bueno
ser conñado, pacífico, sereno
y creerse ninguno . . .

Quito.

LA NUEVA IDEOLOGIA

JOSE VASCONCELOS

Aparentemente, nada hay más difícil que precisar las corrientes mentales, las convicciones de una época. Y seguramente nada hay más confuso que el empleo de la palabra nuevo. Casi todo lo que circula por nuestra América con el prefijo de nuevo tiene ya por lo menos veinte años, y en estos veinte años todos los conceptos básicos han cambiado. Ya no hablamos de los ingenuos retirados provincianos que todavía aceptan como dogma el evolucionismo zoológico. Entre los más avanzados, entre los que se dicen al día, prevalecen doctrinas sociales que son una derivación de ese evolucionismo ya desprestigiado en historia natural, pero todavía dominante en las ciencias sociales, en la filosofía y en la política.

La mayor parte de las doctrinas en boga, entre los que se creen avanzados, el capitalismo, lo mismo que el marxismo y tantos otros ismos de la hora, son consecuencia de un concepto mecanizado de la vida. La teoría individualista, base del capitalismo, funda su justificación en el derecho del más apto a perdurar y a imponerse en una lucha que se confiesa canibal, aunque ese canibalismo social esté disimulado por la filantropía, el servicio público de los países protestantes. Por el otro extremo, la teoría marxista supone también la evolución brutal de las especies y por encima de ella el materialismo económico, que obliga a la formación de la desigualdad como un antecedente para la lucha de clases. Y se ha logrado llevar el evolucionismo, implícito en la doctrina hasta el extremo de acabar con todas las clases que se oponen, primero a la clase burocrática, después, a un sistema dogmático de economía, cuando la economía como práctica no puede estar sujeta sino a experiencia y ensayo.

En resumen, una lucha de fanatismos impide ver claro. Pero la conciencia humana libre, el saber desinteresado independiente sigue su marcha. Lo curioso y lo triste es ver el tiempo que tardan en modernizarse, en ponerse al corriente, las doctri-

nas políticas. Cuando se habla del viejo mundo, la gente piensa en la Edad Media, pero para nosotros eso es ya la antigüedad. Todo un viejo mundo en cambio se ha ido derribando; el mundo del siglo XIX; ese es el difunto que no acabamos de enterrar.

La ciencia, que hoy es base de cultura social, ha cambiado en sus cimientos, pero nuestra sociología no parece darse cuenta, a pesar de que presume de no tener otra base que la ciencia. La economía y la política, más lentas aún, todavía discuten con la jerga retrasada del mil novecientos. Ha cambiado la física. Ya no es fijo el átomo, ni siquiera es exactamente material. El concepto de materia se desvanece de la termodinámica y, sin embargo, domina o pretende dominar en la psicología. La sustancia física se ha echo libre en el laboratorio, pero nuestro espíritu sigue encadenado al prejuicio determinista y a la materialidad. Al mundo mecanizado de los antiguos experimentadores sucede el mundo libre, excepcional, perpetuo milagro de los Jeans y los Eddington, los Borgmese y los Brogie.

Nunca habíamos estado en mayor obligación que la obligación que hoy se nos impone, de revisar todas nuestras teorías, ya que ha sido alterada la naturaleza del principio que las engendró. En la resistencia para el nuevo cambio, hay el viejo obstáculo del fanatismo, que es la pasión de los mediocres, y hay también el temor pueril de que un cambio en la doctrina científica pueda acarrear un retorno al pasado, una reacción social o política. Pero una observación desapasionada de las circunstancias ambientes nos demuestra que las reacciones no son producto de la novedad, sino del estancamiento. El materialismo retrasado de nuestra economía política nos lleva a transigir con conceptos y prácticas sociales de tiranía; reglamentación y estatismo que sólo tienen paralelo con los despotismos anteriores a la Edad Media o en la decadencia que sigue a la buena Edad Media, de las cruzadas y los municipios. Cuando se nos envejece la doctrina, el salto atrás en la práctica es inmensurable. Por la vía del científicismo retrasado del último siglo hemos llegado a los dos extremos de una misma calamidad; el sovietismo y el fascismo. En el fondo de estas dos calamidades está un concepto materialista de la vida. Un concepto que niega la libertad y las posibilidades infinitas de la naturaleza.

El espanto de la guerra, el desastre del capitalismo en sus más fieles y vigorosas creaciones: Inglaterra y los Estados U-

nidos; el desastre del socialismo que contemporizó primero con la guerra y después ha contemporizado con todas las tendencias, falto de base profunda. Y el horror de todas las épocas anteriores, a las que apenas uno que otro anciano del alma desea volver; la liquidación de todas nuestras experiencias sociales y el dolor de sentirnos tan impotentes con nuestra ciencia, como los antiguos con su sabiduría; todo esto contribuye para que la nueva ideología no pueda aceptar ninguno de los mimbres gastados. Todo esto nos está obligando a emprender de nuevo la búsqueda de los valores permanentes, primero, y, en seguida, de los métodos necesarios para hacer prevalecer esos valores.

Lo primero que sorprende cuando se emprende la revisión de esos valores estables, es la ilusión que cada época se forja de ser depositaria de conceptos absolutos que, sin embargo, duran a veces menos que la época que los lanza. La ingenuidad del empeño de hacer tabla rasa para reconstruir, salta a la vista del que contempla el panorama de las teorías. Al contrario, el buen descubridor busca, por instinto, el eslabón de la cadena a la cual tiene que agregarse su dato; el hueco que le corresponde en la teoría, verdadero giro de danza, de las preocupaciones y las ilusiones del hombre.

Un sitio en la danza; una tarea en el conjunto humano. Para lograr esto, las épocas activas necesitan definir sus valores y sobre ellos ponerse a construir. Y el resultado más positivo de las investigaciones contemporáneas es la multiplicidad de los valores. Al reciente fanatismo materialista, oponemos una fe concreta en valores que superan el cuadro materialista. Una fe amparada en el saber colectivo de las generaciones y en los más recientes resultados de la investigación independiente. El futuro hemos de construirlo sobre las bases de las ideas nuevas en todo lo que éstas tienen de verdad y de amplitud. Necesitamos construir, en primer término, una filosofía sin compromisos de partido o de interés. Una filosofía más vasta que todos estos humanismos que del renacimiento a la fecha nos han ampliado los medios, pero nos han vuelto confusos los fines. Un superhumanismo. El sentimiento y la fantasía libertados del engranaje seudocientífico, identificados con una verdadera ciencia de todas las capacidades que laten en nuestra naturaleza.

Reconstruir, construir, sin recaer en los yerros del pasado. Ni en los yerros y estrecheces de la reacción ni en las limitaciones, las monstruosidades de un progreso falso y unilateral; he ahí la tarea del filósofo contemporáneo y la misión de la juventud que traiga conciencia de su misión específica. Ni el pasado ni el presente. Ni una destrucción total del pasado, ni una negación completa de los últimos siglos. La tarea parece difícil y pudiera resultar confusa si no fuese porque la vida misma se va encargando de cumplirla. Quizás de algo sirven los vaivenes de la atención, de la preocupación; se agota, se profundiza, un aspecto del problema; pero enseguida se mira que no es posible resolver por disociación y especialidad, puesto que están ligados todos los aspectos.

Las doctrinas sociales de la edad moderna, el liberalismo, el socialismo, aun los aspectos económicos del soviétismo, justos como son en su intención, no han logrado imponerse en la práctica, porque les ha faltado una metafísica. La economía ha cometido un error que acaso es propio de toda ciencia, de toda disciplina reciente. Quiso andar por sus propios pies, y nadie anda solo en el mundo. El mundo es un teorema, dicen los matemáticos; es una mecánica, dijeron después los físicos; es un concierto, dijeron los optimistas; es una honda, extraña, tumultosa, sinfonía sin pauta, parece decir el sentido común. Pero en todo caso es evidente que no se puede seguir el hilo sin revisar la trama entera. Un retorno a la metafísica es sin duda el signo contemporáneo; retorno obligado por los métodos, los descubrimientos que atañen a lo físico. Y por supuesto se habla de retorno en el sentido de volver a ocuparse del asunto; no porque se presuma que la verdad filosófica estaba ya hecha y la perdimos. Si lo hubiese estado, habría resuelto nuestros problemas y no hubiésemos perdido su sabiduría. La ciencia está por hacer, está por reconstruirse en sus bases, y las reglas de la vida social son parte de esa ciencia. Pero la ciencia había prescindido de la metafísica; así como la metafísica, en su etapa escolástica, prescindió de la ciencia. Ahora se acerca el período de una nueva conjunción de todos los esfuerzos.

Si sólo se tratase de un humanismo nuevo, el movimiento estaría condenado de antemano a esterilidad. Por fortuna, nos hallamos muy lejos y más allá de todo humanismo restringido. Ahora que la física nos lleva a casi tocar lo divino en el átomo,

ya ningún necio temerá el ridículo si se pone a buscarlo en el sitio donde opera con más fecundidad, en la conciencia.

Tampoco hemos de ignorarlo en el terreno social. Y condenamos a los reivindicadores proletarios que han querido privar ese movimiento de la mayor de las fuerzas de progreso; el tesoro invisible. Hijos de una época miope podemos entenderlos y aún excusarlos, pero seguir sus huellas sin rectificación sería contraproducente, además de servil. Por eso, ni soviét ni fascio alcanzan para la ambición del presente. Reemplazar a Tolstoi con Lenin fué el fracaso de la posguerra, que pudo ver realizada la verdadera revolución. Cuando se aparta del espíritu, la acción se corrompe, se pierde. Complementar a Tolstoi con Marx, eso hubiera sido lo sensato; pero se trataba de doctrinas incompatibles a causa del estrecho materialismo de los maximalistas. Actualmente, va pareciendo más fácil reunir la práctica económica eficaz y el sentimiento sobrehumano, para inspirar y superar a la práctica.

Ahora que el soplo viene de abajo, desde la profundidad de los átomos mismos, la economía, la sociología, la filosofía, no tendrán más recurso que renovarse. Y los métodos sociales, los regímenes, las prácticas, podrán ser orientados, no ya sólo conforme al apetito del cuerpo y el interés partidario, sino principalmente de acuerdo con los valores eternos de la moral, la belleza, la revelación religiosa.

Una convicción moral arraigada, impediría que el asunto meramente técnico de la producción y su equitativo reparto, sirviera de instrumento de destrucción, de persecución, de discordia humana.

La obra del presente no es sólo teórica, no mera cosa de predicación, y aspira a una moral individual que aún lográndose en sí misma no se desentienda del mundo ambiente. Además, las conquistas modernas de la práctica no son discutibles. Las sociedades antiguas nos darían horror si las contempláramos en sus realidades íntimas. Orgullo de minorías violentas que explotan multitudes miserables. Democracia parasitaria y burocrática en Atenas. Mandarinato estéril y perverso en China. Sólo la Edad contemporánea emprende la tarea de sustituir el esclavo con la máquina.

El aspecto grande de Lenin está en su plan de electrificar a Rusia. El error de Tolstoi estuvo en venerar el arado egipcio.

Se comprende el avance relativo de la civilización material cuando se compara el trabajo de un campesino de Oriente o de México con un método de trabajo de un campesino norteamericano o francés. En cambio, entristece considerar que no sólo no es posible ningún avance más allá de la moral cristiana, sino que ni hemos llegado a cumplirla. De todas maneras, nuestra revolución industrial representa en lo técnico un avance comparable nada más a la época en que el hombre empezó la tarea de domesticar animales. Someter nuestro industrialismo a las normas del fin colectivo y además a las exigencias superiores de nuestra naturaleza, tal es el problema de nuestra edad. Tendrá que aclararse, llamando a colaboración todos nuestros recursos vitales. Tendrá que resolverse en un movimiento de espíritu. Lo creó la inteligencia, que es inmaterial, y sólo podrá resolverlo el espíritu.

POEMAS

TELMO N. VACA

EL VIOLIN SE DESANGRA

Bajo el filo del arco desangra su armonía,
desde los borbotones hasta la gota lenta
que dibuja un sollozo, una queja. Diría
que el violín es a modo de una alondra sangrienta.

El instrumento mana la sangre de la nota
hasta trocar de pronto en luz todo el cordaje.
Cuerda: arteria. Música: sangre. La arteria rota
pinta con sangre rítmica su musical paisaje.

Dedos desesperados: loca la mano izquierda
del artista procura contener en la cuerda
la sangre que se escapa del alma del violín.

Mana por todas partes porque el arco lo hiere.
Y sangrando armonías Señor Violín se muere
al dar la última gota en el ritmo del fin!

LA VIRTUD DE LA FUENTE AZUL

Admiro la virtud de la fuente parlera
que modula en sus aguas milagros de armonía.
Si fuera rosa el ritmo, rosal de primavera
la fuente azul sería!

Ayer le echaron piedras; y la fuente, enturbiada,
borró de pronto el cielo; y dejó de cantar.
Las ranas celebraron el caso: hasta la madrugada
se les oyó croar

Pero la fuente, loca — de divina locura —
inició su concierto con el alba del día . . .
Y, por toda protesta, su lengua de agua pura
canta con más dulzura
—en primavera de himnos — sus himnos de armonía!

Parábola:

Y Dios le dió al Poeta,
milagrosamente,
esta virtud secreta
de la fuente!

Guayaquil.

LA INSPIRADORA DE "TRISTAN E ISEO"

CESAR E. ARROYO

Hay en la vida creadora de Ricardo Wágner un episodio adorable que humaniza y nimba con luz romántica la testa leonina del semidiós germánico, que ha creado un mundo de sublime belleza en la **Tetralogía** y ha lanzado a lo eterno el supremo grito desesperado de Tristán.

Ricardo Wágner, el músico bohemio de París, el náufrago del Mar Báltico, el revolucionario fugitivo de Dresde ha logrado refugiarse en Zurich, en donde va a apurar todas las hieles del destierro. El poeta no está solo. Le acompaña su mujer, Guillermina Planer, que no le comprende ni nunca supo comprenderle. Le amarga la vida porque imagina que su marido tiró por la ventana una posición de músico rico y célebre por unos ideales que ella, incapaz de entenderlos, los cree descabellados. En copa de cauisa bebe Wágner todo un extracto de hieles compuesto por el desamor de su mujer, su tristeza de deserrado, su pobreza de bohemio, el fracaso de sus idealismos, la imposibilidad de realizar sus divinos sueños, añadiéndose a ello un regular chorro de acerva filosofía schopenhauriana que se había vertido en esa copa. El genial músico está triste y solo. La compañía corporal de un ser que a otro ser no comprende es peor que todas las soledades. Todo este dolor y el tremendo recuerdo de su dramática travesía de Riga a Bologne Sur Mer lo había expresado de manera insuperable en la partitura angustiada del **Barco Fantasma**.

Había empezado a gestar ya en la matriz excelsa de su mente la creación gigantesca de la **Tetralogía**; y, al mismo tiempo, alimentaba un sueño enorme, presintiendo que algo muy grande iba a ocurrir en su vida.

El Hada Casualidad, madrina de todas las dichas y de todas las desdichas, le puso un día en Zurich en amistad con el acomodado matrimonio que formaban Othón y Matilde Wesen-

dock. El era un comerciante correctísimo, y élla, un maravilloso y sensitivo temperamento de mujer y de artista. La simpatía, que fué mutua y espontánea entre estos tres seres, engendró en ellos una tierna amistad.

Los Wesendock instaron al matrimonio Wágner a que viniera a habitar en Euge una casa de propiedad de los primeros y pegada casi a su residencia. Wágner aceptó el amable ofrecimiento, trasladándose con su mujer a la poética residencia denominada la **Colina Verde** y a la que él llegó a llamar su asilo, su dulce asilo. Era una casita rodeada de jardines y de huertos, a orillas del lago de los Cuatro Cantones. Desde ella se dominaba el panorama erguido de los Alpes, reflejándose en las aguas unguadas de serenidad.

El marido de Matilde estaba casi siempre en Zurich, centro de sus negocios. Guillermina, la mujer de Wagner, gustaba cuidar de un huerto que había dedicado para el cultivo y venta de hortalizas. Wágner soñaba y creaba.

Todos los días, a media tarde, se reunía con Matilde. Ella era una verdadera pianista. Interpretaba las partituras que Wágner componía a diario. Matilde era también poetisa: vaciaba sus anhelos en poemas que eran musicados por su genial amigo. El, que era un maravilloso conversador, relataba a Matilde su vida atormentada y tormentosa, sus sueños inmensos, sus proyectos grandiosos de renovador. Trabata nada menos que de construir un mundo de belleza, en el cual la filosofía y todas las Bellas Artes se fundirían en una síntesis excelsa, en un sueño polifónico más augusto que todos los Walhallas donde reposan los héroes germánicos y donde se bebe el hidromiel escanciado por las Walkirias. Ella le escuchaba con el alma suspendida, en la misma actitud inefable "en la que Bruilda escuchaba los relatos de Wotan". Las almas de las dos artistas iban lenta y dulcemente fundiéndose en una comunión indecible. El amor surgía, como un nelumbo de milagro, del seno sagrado de una amistad profunda. Ese amor nutrido por las más puras esencias del alma, por los jugos más entrañables del corazón, ese amor aureoleado de respeto y de alta dignidad, es invencible y cobra todos los caracteres arrolladores de la pasión.

Wágner estaba al ras de los cuarenta años y en el apogeo de su genio.

Es la edad en la que en la vida de todo hombre de superior espíritu surge fatalmente una gran pasión como un torbellino de delicias y de horror.

Ese torbellino llegó a envolver en un turbión de sombras y de luz, a Ricardo Wágner y a Matilde Wesendock. Debatándose en medio de una pasión extenuadora, Ricardo Wágner exteriorizó su divina tragedia interior en una obra que es y será pasmo de las generaciones, porque en ella está expresado, como por nadie lo ha sido ni lo será jamás, la fuerza irresistible del amor que une las almas y las funde en un beso inmortal en el seno de la muerte y más allá todavía. Así nació **Tristán e Iseo**, que en la sublime curva que recorre el genio de Ricardo Wágner, marca un punto culminante, constituyendo una obra aparte, desligada casi de los otros monumentos musicales, porque si en ellos está la filosofía y toda la armonía, no sólo de su creador sino de todo el profundo genio germánico, es **Tristán e Iseo** el poema de la pasión y del amor desesperado. Esta partitura es como un vasto refugio de consolación en el que van a acogerse las almas de los que aman sin esperanza, de los que adoran en secreto, de los sacrificados dolorosos que a la posesión han preferido la renunciación, para, no habiendo poseído en vida, poseer en la eternidad y por la eternidad. El amor triunfa de todas las fatalidades, y la muerte misma resulta en esta obra impotente ante él. El amor vence a la muerte y desposa a los seres en el reino de las almas.

Tristán e Iseo, adorándose, se revelan contra el Destino ineluctable. El amor de ellos resulta imposible porque Iseo no puede unirse al asesino de su prometido, como Tristán no puede pretender a la elegida de su rey. Este conflicto espantoso no puede desenlazarse sino con la muerte. Iseo hace beber a Tristán el filtro del olvido, pero en vez de darle el licor de la muerte, le ha dado el del amor. Y se adoran y sufren porque no pueden morir. Tristán se arroja sobre la espada que le tiende un traidor, seguro de que Iseo le seguirá hasta la muerte. Juntos llegan al reino de la noche y mueren los dos.

“La música de Tristán e Iseo —dice un biógrafo de Wágner— es de las que ponen enfermo; oirla es sufrir dulcemente. Hay en todo ella una melancolía, un tinte de tristeza infinita, que deja una profunda huella en el alma; mas a pesar de ello, no es la fúnebre idea de la muerte la que se erige en principio al final de esta dolorosa tragedia de amor”.

“Después de haber desarrollado el motivo de la muerte, unido en algunos momentos al del deseo, la orquesta se abre, como un abanico luminoso, exhalando un quejido de amor, débil y apagado que, alargándose luego en un crescendo apasionado, estalla en un fortísimo vibrante y triunfal, para recogerse después poco a poco, mientras que, destacándose tenuemente del conjunto casi apagado ya, el óboe desgrama sus notas como el último suspiro de Iseo, que muere expresando aún la idea de un deseo inextinguible”.

“En **Tristán** hay momentos en que sobra el recitado porque la música es más elocuente y los instantes líricos, interrumpidos, a veces por la voz humana, pierden algo de su melódica tristeza”.

El amor fué esta vez fecundo en belleza, como quizá nunca lo ha sido. Ha realizado integralmente el poema excelso de la pasión humana. Si de la unión de las almas de Ricardo Wágner y de Matilde Wesendock nació tal maravilla, ¿qué importa que se hayan o no se hayan unido materialmente sus cuerpos? En el punto de si se confundieron o no en el abrazo supremo los dos enamorados, están disconformes los biógrafos de Wágner, Mientras unos relatan el magno episodio Wesendock como una vulgar historieta de adulterio, otros como Camilo Mauclair, lo presentan como la etapa más bella de la vida de Wágner, en la que el portentoso músico hizo el doloroso renunciamento de su pasión exasperada que hundió con desgarrador esfuerzo en el más cruel de los renunciamentos, optando por apelar al recurso desesperado de la huida a Venecia, abandonando igualmente a la esposa aborrecible y a la amiga adorable y adorada.

Ricardo Wágner sigue siendo un derrotado del amor. Si en su juventud se equivocó, uniéndose con una mujer vulgar, en el cenit de su vida, siente al amor que llega y sacrificándolo, tiene que sepultar en lo más hondo de su entraña, la inconsolable amargura de lo que pudo haber sido. Y sólo cuando ya iba serenándose la luz en su tramonto, apareció como un sol de otoño, el santo y definitivo amor de Cosima Liszt.

En amor, lo de menos es su realización. Lo esencial es amar. La realización material del amor lo rebaja, lo merma, lo mata, al fin. La renunciación exalta, engrandece, sublimiza y diviniza aún más el amor. Lo purifica, y, al mismo tiempo, lo hace inacabable e invulnerable. Contra un gran amor erguido, indiferente a todas las consecuciones, nada ni nadie puede. En

definitiva este es el único amor que se realiza, porque se realiza en el seno de lo Eterno. En el amor que se consume en la tierra, se funden los cuerpos, pero las almas huyen. En el amor que desdeña la materia, se unifican las almas en la vida y más allá de la vida. El amor realizado arrastra a los seres en la torrencera turbia y pedregosa de todos los materialismos, al paso que aquel en que sólo intervienen las almas, diviniza a estas, haciéndolas inmortales para una unión que se afianzará traspasando las fronteras de todo lo posible. Este amor es prodigiosamente fecundo en ideas y en ensoñaciones para todas las almas, no sólo para las almas desmesuradas en las que alienta el genio, sino también para las almas pequeñas que apenas pueden remontar su vuelo de mariposas sobre la violeta de una pobre idea.

Como una hija peregrina de la fecundidad sagrada del casto amor de Ricardo Wagner y de Matilde Wesendock, se erguirá sobre el universo del espíritu la partitura maravillosa de *Tristán e Iseo*, poema emocionante de amor imposible, de doloroso renunciamiento, grito sublime de elevación y de pasión.

Quito

UN DISCURSO TRASCENDENTAL

JOSE ORTEGA Y GASET

Sin embargo de que mentalidades abúlicas y abstrusas siguen creyendo que los pueblos han de entrar a una vida mejor sólo con el triunfo de la espada — arma agitada casi siempre por caudillos selváticos o por ambiciosos mozuelos del cuartel—, la verdad y la razón nos aseguran lo contrario; supuesto que para ello ha de emprenderse antes en la siembra de las ideas.

El caso singular de España afirma este concepto. Pues la revolución española no es sino el triunfo de las armas más nobles: el pensamiento y la pluma.

La Monarquía española ha caído abrumada en el orín de abolengos decrepitos. Y, sobre el polvo gris a que se han reducido las coronas reales, se levanta ahora, espléndida y prometedora, el alma inmortal de Hispania.

Y los que ayer lanzaban desde la barricada de bufete o de la prensa el grito revolucionario de la idea, hoy son actores en la lucha constructora. Y todos contribuyen a ella, como la abeja con su miel, a ennoblecer la hora solemne y trascendental que vive España. Y entre ellos milita José Ortega y Gaset, uno de los pensadores de mayor prestigio universal.

Nosotros, que vivimos atentos al último latido del corazón del mundo, hemos visto con admiración y simpatía la transformación de España. Y, al mismo tiempo, hemos pensado en nuestras cosas, en las cosas de nuestra América, donde las revoluciones son presididas del canglor guerrero, cuyo epílogo, por desgracia, es la derrota del triunfador y alguna vez la victoria del caído.

Como muestra de nuestra adhesión a la causa española, reproducimos, aunque tarde, el admirable discurso de Ortega y Gasset, pronunciado en las Cortes Constituyentes. Los que forjan ideas generosas hallarán en él una fuente de concepciones modulares, capaces de aplicarlas, con ventaja, a nuestra política misérrima.

La agrupación al
servicio de la República

—Señores diputados: Esta minoría, que por cierto lo es en superlativo, ha adoptado la resolución de no intervenir verbalmente, o hacerlo de la manera más sobria, en aquellos debates de mero forcejeo político que no producen enriquecimiento espiritual a la Cámara o no llevan a modificar su ambiente, ni obtienen influencia eficaz, por tratarse de discusiones que, según honradamente todos saben, se hallan de antemano resueltas por la fuerza de los hechos o de la irreductible convicción.

En ocasiones tales consideramos muy suficiente para nuestro oficio de representantes añadir o rehusar nuestros votos. Al anunciar esta resolución de la manera más llana y cordial, lo hacemos con el fin de evitar que no se interprete nunca la probable frecuencia de nuestro silencio como despego a la obra parlamentaria, cuando va motivada, precisamente, por un entusiasta hartazgo de respeto hacia ella. Porque noten sus señorías lo siguiente: aun en los casos, y sobre todo en los casos en que ese forcejeo político es saludable y auténtico, se trata siempre de un forcejeo de puro contraste de fuerzas. En una de sus dimensiones esenciales es la política, inevitablemente, áspera presión de masa sobre masa, aunque en el Parlamento tome ésta el aspecto sublimado y como logarítmico de votos contra votos. De no ser eso, la política degeneraría en despreciable logogrifo, porque la mera, incorpórea idea, no basta a la política. Entonces no sería nada. Es menester, puesto que no puede constituirse, ni lo será nunca, en pura ciencia, es menester que la idea política, si lo es en serio, se corporice siquiera en la humildad de un percal que, ungido como bandera, condense los hervores de amplias fuerzas políticas.

El cumplimiento del deber

Pues bien, señores: este grupo está compuesto por un número harto escaso de diputados para poder ser un factor importante en la mecánica parlamentaria. Además, no existen hoy tras de nosotros masas políticas organizadas. Y, en fin, no hemos venido aquí ninguno de nosotros con la segura pretensión de poseer las calidades del dinamismo que, para serlo con plenitud, necesita tener el político. Se trata de unas Cortes Constituyentes que van a emprender nada menos que la construcción del gigantesco edificio de un nuevo Estado y se nos ha requisado con nuestra anuencia, pero sin nuestra complacencia, para venir aquí como un grupo de artesanos que trae al hombre las alforjas con pensamientos, observaciones, estudios de largos años acerca del pasado de nuestro pueblo y su futuro, sobre temas jurídicos, pedagógicos, económicos; pensando, si acaso, que de lo embutido en ellas podréis aprovechar algo para la enorme faena común. Hemos venido, pues, no por gusto, sino por deber; porque habíamos contribuido, yo mínimamente, en embarcar a la nación nada menos que en un cambio de régimen, y no era bueno que, mientras ella partía, quedásemos nosotros en tierra. Por eso hemos venido, para ocupar un puesto de peligro en la difícil navegación.

Hay que hacer la democracia que sea posible

Pero, además de estas razones que nos afectan sólo a nosotros, hay otras más graves y decisivas, que emergen de la condición de los tiempos. Padecen gravísimo error los que presumen que podemos hacer la democracia que nos venga en gana. Tenemos que hacer la democracia que hoy es posible, y sólo eso. Tenemos que hacer la democracia, que mientras ésta era lífática, barroca y lentísima, la actual tiene que ser magra, acertada y urgentísima. Por eso es preciso evitar toda pérdida de tiempo y de esfuerzos. Al que no es de este tiempo no le importa perderlo; pero nosotros estamos resueltos a que se haga una

España infinitamente actual, que se sienta firme en sus garras sobre la línea matinal del horizonte. Por eso es preciso que no perdamos tiempo, que no se reproduzcan escenas lamentables en el Parlamento que recuerden los pretéritos. Nada de divagaciones ni de tratar frívolamente problemas que sólo una revelación de técnica difícil puede aclarar; sobretodo, nada de estultos e inútiles vocingleros, violencias en el lenguaje o en el ademán. Porque es de plena evidencia que hay, sobre todo, tres cosas que no podemos venir a hacer aquí: ni el payaso, ni el tenor, ni el jabali.

(Grandes y prolongados aplausos).

Estas son, señores diputados, las razones en que fundamos nuestro programa de sobriedad.

La adhesión al Gobierno

Y vamos al asunto de hoy. Esta minoría está convencida, como todos los demás grupos de la Cámara, declárenlo o no, que es ese Gobierno el único posible en esta fecha que transcurre. Entendemos por ese Gobierno, no tanto las personas como la combinación de fuerzas políticas que lo forman. Si esto es así, ¿urge decir algo más? La cosa está resuelta. Sólo, tal vez, tendríamos que añadir que esa adhesión nuestra al Gobierno no implica entusiasmo suficiente por la figura general de su política; al contrario, significa el deseo de que continuando ese Gobierno modifique su política. Ya tiene aquí unas Cortes que autorizan y simentan el ejercicio de su función. Ya tiene aquí unos hombres resueltos a constituir la ley del país. Puede, pues, vacar plenamente a gobernar. El renacimiento de su poder, que ahora dentro de poco va a recibir, ungido por nuestro sufragio soberano, se le ofrece como una ocasión magnífica para corregir su política.

Con esto insinúo que tengo no poco que decir sobre lo que ha hecho ese Gobierno, y bastante más sobre lo que no ha hecho, y en qué depósito gran fe; pero el desarrollo de estos pensamientos no es oportuno ahora. Precisamente porque necesitamos asentar esa distinción entre el apoyo leal, aunque sin peso, que ofrecemos a ese Gobierno, y nuestra creencia de que debe cambiar notablemente el modo de su gobernación, necesitamos

que esté ahí exaltado de nuevo ese Gobierno a la plenitud de sus atributos ejecutivos, para decir entonces, con calma, con precisión, y entonces, sí, con tiempo, porque se trata de cosas que estimamos fundamentales, lo que pensamos sobre esa política.

Hay otro motivo que me incita a demorar el enunciado de mis pensamientos, y es haber notado, francamente, que son éstos muy diferentes de lo que hasta aquí he escuchado en la Cámara. No es fértil, pues, una inmediata contraposición.

La pequeñez del debate

Creía yo que se iba a discutir la política del Gobierno, y he visto que la política del Gobierno, de un Gobierno que iniciaba un nuevo régimen nada menos, que se hallaba puesto al frente de todo un pueblo en sazón que éste practica un radical viraje histórico, era una disposicioncilla del ministerio de Trabajo o la conducta de unos policías en un barrio, y yo, señores diputados, que no desdeño nada en el Mundo, menos desestimo estas cuestiones menores; pero pienso que si no las personas, las cosas, inexorablemente, tienen una jerarquía y un rango. Y aquella disposición y esas anécdotas de orden público no son la política que un Gobierno tiene o que a un Gobierno le falta. (Muy bien).

Ha habido un momento en que se me alegraron las pajarillas cuando oía el señor Companys (y siento su ausencia,) efecacísimo orador, que de manera tan simpática acentúa su dicción descoyuntando la palabra en sus sílabas y tratando cada una de ellas de hombre a hombre. Pues bien, oyéndole anunciar que no iba a censurar al Gobierno por ninguno de sus actos concretos, sino que iba a proponerle un cambio de tonalidad, "he aquí mi hombre", me dije, y me senti automáticamente arrastrado por la simpatía. Porque, en efecto, la tonalidad, el módulo genérico, el estilo es en todo lo viviente el factor decisivo, una política que acierte en su estilo general puede digerir sin riesgo muchos errores particulares, y, en cambio, un acierto singular, por grande que sea, no sirve para nada o produce nocivos inesperados efectos cuando le falta el fondo y como paisaje sustentador, que es la línea serrana de una elevada política.

Los problemas

y la política

Pues bien: lo que yo echo de menos en la política del Gobierno es precisamente este carácter de integridad, de integridad mejor dicho, para evitar el equívoco de la palabra, de organismo, de sistematismo. El señor presidente del Consejo lo fingió un instante con sus medios maravillosos de dicción en su discurso; pero notad que no era un sistema ni era un organismo lo que nos describía: era un catálogo, un índice de la manera de resolver el hombre de Gobierno los problemas que le habían sido planteados. Ya eso no es para mí plenamente una política; la política no se compone de problemas que el político se encuentra planteados: es, ante todo, un sistema de problemas que él plantea a su país por creer que fermenta en el seno de la conciencia nacional y que constituyen el secreto de su próximo destino futuro. (Muy bien). Por eso, porque plantea él sus problemas premeditadamente, puede resolverlos orgánicamente, y entonces, involucrados en ellos, en los que se plantea, puede dar holgada solución a los que la suerte le coloca delante. Cuando recibimos un empujón y patinamos unos metros, podemos decir que se nos ha planteado un problema.

Pues bien: como no hay tiempo para poder desarrollar, según he dicho, ni hay oportunidad, todo lo que haya en ese pensamiento, quisiera sólo simplificarlo en una cuestión fundamental.

La cuestión fundamental

es la económica

De todas las cosas graves de nuestro tiempo, es hoy aquella que arrolla los regímenes la cuestión económica. Vea el señor presidente de las Cortes como soy dócil a su sugestión, si bien me di perfecta cuenta de que, hábil pedagogo, aprovechaba la solemnidad de la hora para poner a la Cámara una inyección de marxismo. Cualquiera que sea la distancia en que yo esté de la totalidad de esa teoría, son mis comunidades con ella muy sobradas para que podamos marchar juntos mucho tiempo. Yo no se si en toda la Historia ha sido lo económico la substancia,

que movía las inquietudes y las luchas de los hombres; pero me basta saber que en nuestro siglo y, sobre todo, en nuestro tiempo es algo muy parecido a eso. La vida es hoy demasiado compleja en su técnica inexorable para que la economía no se haya convertido en el factor más destacado, el que se impone a nuestra atención y al imponerse a nuestra atención, no sólo es todo lo que ella automáticamente es, sino que atrae todos los demás órdenes de la vida y se convierte en el orden simbólico del presente. Así, en el siglo XVI, todas las disputas acababan en cuestiones sobre la Santísima Trinidad, y el problema económico agrario de Alemania llevó durante una etapa a Lutero a ponerse a su frente.

En cambio, hoy aparecen con cariz económico cosas que, en rigor, nada tienen que ver con ella; pero es indudable que un régimen naciente hoy y que no triunfe en la economía, no tiene franco el porvenir.

Pues bien: la característica de la economía es que no se puede tocar uno de sus puntos sin producir, por la maravillosa elasticidad del proceso de la producción y el consumo, resonancias lejanísimas.

Es, pues, menester tener mucho cuidado cuando se discute una disposición que puede causar repercusiones remotas en la situación económica del país no hacerlo aisladamente, porque todo acto legislativo, aun el que nos parezca en su aislamiento el más perfecto, requiere complemento y compensación. Es menester que haya un plan por detrás de los actos de ese Gobierno, sobre todo de los económicos, y no sólo de los actos de ese Gobierno, sino de toda nuestra vida española actual. Es menester que encarguéis a las personas más autorizadas que en España haya, y si no hay bastantes traedlas del Extranjero —que la ciencia tiene esa ventaja, ser lo menos místico y mágico del Mundo, y cuando no se tiene se compra en la botica—, y no debe haber reparo en la República Española para traer aquí todos los elementos que necesite, de que por el momento no se halle sobrado nuestro país. Pues bien; es menester que encarguéis un plan de reformas económicas que sirva como fondo a todos nuestros movimientos, porque sólo eso dará la serenidad que es necesaria a todos los elementos sin los cuales no es posible que pueda marchar con plenitud la economía del país.

Hoy es cosa sabida en todas partes, en todos los movimientos sociales del Mundo, y, si se entienden con rigor mis pala-

bras, incluso en Rusia, que no existe ya el capitalismo como riguroso principio que regula la vida económica, ni el colectivismo como exclusivo principio, como norma abstracta que enderece las modificaciones del porvenir económico, sino que entre ambos principios, que como principios son siempre pedantes, ha venido a alojarse la inexorable ley de la economía, que impone su conjugación y su fértil proliferación.

Hay que

aumentar la riqueza

Es menester que esto se sepa, puesto que lo saben harto los elementos más revolucionarios que haya fuera de España; es menester, sobre todo, que vosotros los socialistas, tan buenos educadores, convenzáis pronto al obrero de que esa organización de España en pueblo de trabajadores, a que, como sabéis, nosotros aspiramos tanto como vosotros, que deseamos que se haga con aquel ritmo de la celeridad posible, es menester que le convenzáis de que eso no se puede hacer si previamente no se consigue un aumento del volumen de la riqueza nacional, y que eso no se logra si en la nave del socialismo no acertáis con entusiasmo a embarcar al capitalista.

Es preciso, pues, como sugería, según he visto ayer en un periódico, uno de vuestros compañeros, Teodomiro Menéndez, a quien, desgraciadamente, no conozco en persona y que figura en esa ejemplar, generosa anonimidad que formáis los diputados socialistas, es menester tranquilizar al capitalista diciéndole seriamente que si se va a mermar una porción de su haber, le queda el resto para movilizarlo con acierto, y además, si añade a ello el esfuerzo suyo de empresario, podrá tener un porvenir mucho más lucido y ágil que lo ha tenido en las economías pasadas, sobre todo en esa lamentable economía monárquica que, por la caprichosidad y variación de los tributos, por el vaivén de las ordenanzas, no consentía continuidad de empresa alguna.

¡Obreros españoles! Oid lo que os dice otro obrero que tiene maltrecha su vida por accidente del trabajo, que ha roto en el trabajo su salud. España tiene que ser más rica para que vosotros los obreros podáis ser menos pobres, y eso, aunque las voluntades de todos los españoles, mágicamente unidas, decidiesen

vuestro mejoramiento. (Muy bien). Yo pido al Gobierno una acción orgánica, si no sus mejores decisiones pueden producir desoladores efectos.

Un homenaje

al señor Azaña

Una prueba de ello, bien próxima, está en que ni siquiera algo glorioso que habéis hecho lo habéis aprovechado suficientemente. Esta es la hora en que por no ejercer la labor complementaria a que aludía, habéis hecho una maravillosa e increíble, fabulosa, legendaria reforma radical del Ejército, sin que a esta hora se haya enterado bien de ello el pueblo español. Y es grave, es desmoralizador para un pueblo, que se acostumbre a recibir lo más difícil como cosa llana y natural, dejando en vacación su fantasía para que apetezca lo imposible. (Aplausos). Esa reforma del Ejército a cuyo conjunto me refiero, de cuyo detalle no hablo, para discutir el cual queda en plena franquía nuestro grupo; esa reforma de Guerra, sueño hoy de todos los pueblos del Mundo, sólo ha sido realizada por la República española, y se ha logrado sin razonamiento grave, con corrección por parte del ministro de la Guerra y por parte de los militares, que han facilitado el logro de este magnífico proyecto. Pues, sin embargo, esta es la hora en que ese proyecto no ha hecho otra cosa que rodar confundido en la multitud de proyectos liliputienses. Al pueblo español no se le ha enseñado a entusiasmarse y encarecer esta transición, y por eso no se le ha tributado el debido aplauso. Y es grave, señores, que no se enseñe a los hombres a aplaudir. Un hombre que cuando una perfección pasa ante él no siente la necesidad del aplauso, es un hombre del cual poco se puede esperar; notad que es ese fenómeno del aplauso uno de los caracteres más extraños, profundos y raros de la especie humana: que las cualidades de un objeto que no es ni va a ser de uno provoquen en nosotros ese instinto de abrir los brazos al horizonte, como queriendo abarcar el Mundo de juntarlos energicamente, de disparar el extraño pájaro del aplauso, de la ovación, signo específico del hombre que anima la historia. El aplauso abre el corazón; por eso el gesto primero del que aplaude es abrir los brazos. Y es preciso que esa reforma no quede así, desamparada del homenaje. De un pueblo que

no aplaude se puede esperar poco; pero no se puede esperar mucho tampoco de una Cámara que a estas horas no ha tributado tal homenaje de aplauso a ese ministro de la Guerra, al Ejército que se ha ido y al que se ha quedado. (Grandes aplausos. La Cámara tributa una ovación al señor Ministro de la Guerra, y éste se pone en pie para corresponder al homenaje de los diputados).

El islote acantilado

de la izquierda Catalana

Todo depende de que hagamos en serio un ensayo de magnanimidad. Por eso tuve yo un momento de esperanza cuando oí al señor Companys; pero pronto vi que este cambio de tonalidad a que se refería se reducía al cambio poco precisado y, por tanto, poco comprometedor de colorido en la sola política obrera de una sola población: en la política obrera de Barcelona.

El señor Companys pronuncia palabras que no se perciben. (Rumores).

Como no estaba presente Su Señoría en el rato anterior en que yo iniciaba este pensamiento, no ha advertido que eso fué lo que produjo en mí, lo que levantó en mí esperanza; el anuncio de que iba a ser eso, pedir un cambio de general tonalidad; pero yo lo ví luego reducido a sólo esta pequeña cuestión.

En esta Cámara, que aparte errores de gesto, impericias de lenguaje y de actitud, bien naturales en los que no hemos aprendido todavía a ser parlamentarios; en esta Cámara, que resume el ansia ferviente y poderosa de hacer algo grande con España y por España, de crear un Estado fuerte, serio y abierto, en el cual queden alojadas peculiaridades hasta ahora siempre desterradas, se viene con una reducción tan grande del horizonte. Me dolió verdaderamente, señores representantes de Cataluña, me dolió porque ante vosotros ha transitado a la carrera, como suele, una ocasión espléndida para ser magnánimos y no la habéis aprovechado. En un Parlamento que a no ser constituyente pecaría demasiado de excesiva homogeneidad y empuje cordial, habéis comenzado por disociaros y constituiros en islote acantilado. Venimos aquí todos a trabajar en la obra común, y vosotros nos habéis opuesto la ocupación que sólo a vosotros oprime en el momento y habéis dado un primer paso

de particularismo. Algunos, inclusive, han hecho algo que en mi inexperiencia de los usos políticos, en mi estado de virginidad parlamentaria, que en este minuto tan como si nada estoy perdiendo, han hecho algo que me parece indebido: venir aquí a hacer un saque sobre la Cámara con el fin de que el pelotón de su oratoria caiga en la retaguardia de sus electores. (Muy bien).

Pues bien; decid a éstos que un hombre que durante veintitantos años ha defendido con escasa compañía, cuando no en franca soledad, desde el centro de Castilla, todo lo que de fértil y de justo había en las aspiraciones catalanas, se ha permitido, tal vez con un poco de audacia porque al fin poca cosa es él, pero con un tono de lealtad, se ha permitido haceros esta sencilla y sincera advertencia: no haremos nada si en lo gigantesco de la obra no ahormamos nuestros corazones.

Lo que debe ser la política futura

La política de ahora no es sólo responsabilidades y castigos; de ningún modo represalias. La política de la República española no puede ser la política de la mujer de Lot, que mira demasiado hacia atrás. La política es y tiene que ser siempre, pero más en momentos de iniciación histórica, un proyecto de futuro común que un Gobierno presenta a un pueblo, una imaginación de magnas empresas en que todos los españoles se sientan con un quehacer, y no como habéis hecho con la juventud española, que tanto contribuyó a la génesis de la República, y desde hace tres meses está la pobre sentada sin que le hayáis dado que hacer. Política, señores ministros, es, ante todo, dibujar atractivos, animadores horizontes.

Tenéis, pues, que seguir ahí pero cambiar, engrandecer vuestra política. Decía un pensador famoso que en la Historia pasa "eadem sedaliter", que en la Historia pasa siempre lo mismo, sólo que un poco de otro modo. Pues bien: tenéis que ser los mismos, sólo que un poco otros. Señores ministros: tenéis que sucederos a vosotros mismos.

(Grandes y prolongados aplausos. Muchos diputados, en pie, aclaman al orador).

En París, y desde la altísima tribuna intelectual del *Mercur de France*, este valioso espíritu hispanoamericano, durante algo más de cinco lustros, viene ejercitando un valiente y noble apostolado de difusión de la cultura de Hispanoamérica en los centros europeos.

Plausible labor ésta para las aspiraciones de la gran intelectualidad americana, pero difícil de realizarla si se tiene en cuenta el desdén o el poco interés o simpatía que inspiran los pueblos de la América Hispana a la histórica cultura extranjera, y también si se considera la peculiar idiosincracia susceptible y enojosa de nuestra raza. Porque, al dar al conocimiento europeo las realidades de nuestra cultura, han tenido y tienen siempre que pasar ellas por el crítico—crítica de serena, de escueta valoración—tamiz apreciativo del espíritu esencialmente crítico de Francisco Contreras. Y he allí, pues, los dos factores, extrañamente raros, que han contribuido a la eficacia de una labor de trascendencia, tanto para la inteligencia europea, como para el pensamiento de América: la generosa aquiescencia acogedora de uno de los más serios e importantes organismos de la intelectualidad parisién, y el abnegado, desinteresado sentimiento culturizante de un generoso también y robusto escritor de nuestro suelo y nuestra raza americana. De cómo se afecta de ingratitud e incomprensión su vasta obra de expansión cultural, lo dicen estas frases suyas, si bien un tanto maceradas de amargura, pero que reivindicán, a la vez, la magnífica reciedumbre de su espíritu, ennoblecido en la lucha por una causa civilizadora: "Amo la tierra donde nací, (Chile) pero amo también la gran patria hispanoamericana. ¡Qué más da que de mi América no me vengan estímulos y que en mi país deba pagar un impuesto por residir en el extranjero, donde cumplo, desde 1905, la labor que se conoce! No trabajo por el oro, ni por la gloria. Y mi vida es acción continua".

Y vasta es ya, la obra personal lograda por este escritor de América. Algo más de una treintena de volúmenes, repartidos entre la crítica, poesía, novela, biografía, relaciones de viaje, etc., hacen el acervo con que ha enriquecido tanto las letras francesas—porque una buena parte de su obra la ha escrito en la lengua de Verlaine y Valéry—como para las americanas.

Tarde, como siempre, llega a nuestras manos uno de sus últimos libros **Rubén Darío, su vida y su obra**. Libro admirable e importante éste, no sólo por ser el primero, después de los quince años de la muerte del genial poeta, que se consagra a su memoria; más aún por la sincera sagacidad con que está hecho. Ya a raíz mismo de sus funerales, toda una orquestación de apoteosis, atronó maravillosamente y durante algún tiempo bajo los dolidos cielos líricos de América y del mundo. Amigo Contreras de Rubén Darío, casi desde los albores de su iniciación en el **Mercure de France**, y admirador fervoroso de él, ha podido pues, gracias a su crítica y analítica aptitud, cordializada por su afección, dar al pensamiento hispanoamericano una obra imponderable en la que ha sabido armonizar con profundo sentido biográfico y crítico, los elementos que constituyen la trascendental personalidad humana y lírica del atormentado "chorotega" y gran poeta de Hispanoamérica.

En visión remozada, y siempre admirativa, naturalmente, vemos, pues, pasar por el libro magnífico, toda la vida, — desde su nacimiento en la tropical y fragante aldea de Metapa — tan llena de desventuras, y de frívolos venturosos azares de Rubén Darío, hasta la muerte dolorosa en su León de Nicaragua.

Cronológicamente, minucioso hasta el detalle, y con digna serenidad valorativa, Contreras analiza y estudia la obra de Darío,—que nació cantando—desde cuando el poeta, con sus cinco años a cuestas! encaramado en el balcón de su casa, desfloraba, al paso de la procesión de Semana Santa, granadas de versos que no "aprendió" a hacerlos nunca, por que ello fue en él "orgánico", "nacido", hasta la opulenta madurez de toda su obra genial.

No conocemos aún la última y comentada obra de Francisco Contreras: **L'Esprit de l'Amérique Espagnole** (Muy tarde nos llegan las palpitaciones de la vida cultural del extranjero) Pero ésta, consagrada al recuerdo — querido y venerado siempre — del lírico maestro nos consuela de ciertas cosas: de

confirmar, con renovado optimismo, las excelencias — en proceso de depuración — del espíritu americano que tan formidable encarnación encontró en Rubén Darío; de saber que sobre la alborotada algarabía de los "ismos" fantásticos, la conciencia del alma americana, se vuelve — en vigor de estudiosa contemplación — a sus fuentes vernáculas o autóctonas de cultura, que en la fertilidad del gran campo espiritual de Hispanoamérica, regaron sus aguas fecundantes y creadoras.

Y él mismo, Contreras, nos consuela también del relegado olvido en que las cultas, flamantes o viejas generaciones intelectuales del viejo mundo, han tenido a la América Hispana, la que desde los tiempos mismos de su fusión étnica, viene dando a la admiración del mundo tanto valor humano, que bien comprueba, a lo largo de los tiempos, el intrínseco poder de nuestra raza.

Aparte, pues, el valor individual de su obra — por sí propia digna ya del estudio y admiración continentales — apreciamos en el inteligente escritor americano, — por su significación espléndida — su desinteresada vocación de expansionismo americanista. Quizás, merced a su labor, pueda algún día, la intelectualidad de América ser conocida, y por ésto comprendida y analizada por el pensamiento extranjero.

EL SR. DN. PEDRO MONCAYO y ESPARZA

S. JOSE M. LEORO

Hugo Moncayo puede encontrar algún valor en estas líneas: a él van dedicadas

EL ORADOR

Más henos aquí en la cumbre de su valer, en la culminación de su rica personalidad: en el cabrilleo de su elocuencia feliz que, a la menor vibración, desbordaba en el hombre tenso y viril.

En la oratoria parlamentaria — quizás más que en cualquiera otra manifestación de la vida pública — podemos seguir las curvas con que se trazarian el desenvolvimiento, las vicisitudes y las luchas de un pueblo. Ya la suave ondulación del valle quieto en cuyo sosiego se labora por una bien entrabada convivencia social. Ya la ardua colina polvoriente, erizada de cardos, en que la oposición a la arbitrariedad flamea como una roja bandera a los vientos de la libertad. Ya el descenso, por entre riscos de importancia o de ambición, a los bajios en que la faz de la anarquía sonríe con trágicas fascinaciones. O ya, en fin, si el impulso opresor arrecia y suscita el desate de fuerzas gigantes, el volcán encendido, de cuya cima — como de un nuevo Sinai — revienta el rayo purificador y atruena la tempestad arrasando el pampero desigual de la autarquía.

* * *

Entre nosotros la transición radical determinada por el cambio de régimen político hubo de singularizarse por una lucha ideológica que, aunque incipiente y no muy segura, derivaba como corolario inevitable de la nueva situación. Ideólogos de la ciencia de gobernar, más generosos y románticos que eficaces organizadores de la nueva institución, hacían ondear el manto de púrpura de su verbo remozado, heroico y, sobre todo, reivin-

dicador, por entre las malezas de la tradición y por el fondo inamovido y áspero que encubría mal, privilegios de clases y sombras de viejas opresiones espirituales. Con la divisa libertaria al tope. Con el noble ensueño de las manumisiones de la mente y de la voluntad

Esa lucha, que pudo advertirse en las discusiones de la prensa, se establecía también, y con vigor y denuedo y brillantez, en la tribuna política, en el verbo inflamado de los justadores.

Aquel fue un momento desordenado y vociferante, de los afanes desmedidos, acaso inactuales, del concepto y de las frases exclusivas, de la racha ilimitada de libertades, del señuelo igualitario, de una sonora reivindicación de derechos. Era la hora de la acción, del impulso de la voluntad, del esfuerzo sin medida ni armonía. El músculo entumecido en la quietud colonial se distendía ahora con violencia extrema, después del galope veloz e irrefrenable de los centauros de la Independencia. La apacibilidad, el silencio y esa como servidumbre colectiva, se removían al empuje de un fiero individualismo, pleno de rebeldías y de savia interior. Hacia su aparición en la escena el romanticismo de la libertad. Y es sabido que el romanticismo de la libertad — como todo romanticismo — significa un desbordamiento del instinto, una juvenil exaltación indomeñable, un bravo desconocimiento del valor y del dolor ajeno y un extraño afán de dominio personal también.

Y como coincidía con esta eclosión del espíritu, o más bien se derivaba de ella, el advenimiento, más desintegrante aún, de la contienda intestina, del caudillismo de dominación absoluta, la lucha cobraba mayor aliento y alcanzaba relieves de un heroísmo o, si queréis, quijotismo trascendente.

El primer cuarto del siglo XIX fue, pues, un período juvenil, apasionado, ardoroso. Y Moncayo, hombre de su tiempo y exponente magnífico de ese ambiente movido y desigual, fue tribuno, romántico y rebelde.

* * *

Con prestigios de opositor incólume hacia su aparición en la Tribuna Política en 1845, a raíz de la revolución marcista. Ya conocía, desde sus años mozos, la arena gladiatoria y la tristeza del exilio. Llevaba templado su espíritu en el fuego de un dolor inexhausto. Y en el estrepitoso palenque periodístico

como en el silencio de su estudio había acendrado su saber y su diamantina austeridad.

Traía en su palabra la vibración de una elocuencia grandiosa y medular. Hablaba con tanta eficacia a la mente como impulsaba al corazón. Había en su fisonomía personal elementos decisivos para el convencimiento, para la inflamada transfusión de sus ideales, de sus emociones, de sus sentimientos, en el arranque lúcido y bizarro de su peroración apolínea.

Cormenin lo habría anotado en su valiosa galería, con toques y luces de firmeza indiscutible.

Alto, movable, de una movilidad imperativa. Bello semblante, expresivo y varonil, en cuya frente amplia surcan los relámpagos del pensamiento. Gesto y ademán caballerosos, atractivos, que despiertan la atención y el respeto generales. Labios finos y firmes, expresión de su voluntad fuerte. Mirada metálica y hendida, que irradia vivos fulgores en la ardencia de la réplica o del ataque.

Su voz alcanza las modulaciones y los matices de su espíritu. Ya es blanda y suaviosa cuando expone. Ya adquiere brillo y vigor cuando refuta. Se torna aguda y dilacerante en la porfía. Trema y solloza al evocar la memoria de algún maestro caído en plena lid. Pero es una cascada que se precipita rauda e iridiscente, con fuerza arrolladora, en el bello desorden de la improvisación, cuando reivindica los derechos populares, anatematiza el despotismo, defiende las libertades ultrajadas con reincidencia fatal.

Entonces podemos decir — con su homónimo don Abelardo — que "Moncayo salta, rómpese, bufa, vuelve a estrellarse de súbito y ruge y truena con el grito de todos los oprimidos, con los ayes de la libertad agonizante o ya aherrojada y con todas las imprecaciones de la víctima contra el tirano y los inicuos que le sostienen" (1). ¡Jamás está tan bien como en el fragor de las peleas, en que tantas veces fue suyo el voluptuoso y sonoro placer de la victoria tribunicia!

Odia al despotismo, pero odia también la dispersión anárquica. Por eso puso siempre a flote, en sus afanes por la igualdad humana, la distinción de su palabra. Y por eso, si pudo insinuarse que el periodista había rasado en ocasiones su pluma en las duras aristas de la tierra, nadie podrá advertir en el ora-

(1) **Añoranzas.** Abelardo Moncayo

dor — pese a su posición de espíritu adversa al estado de cosas existente y a sus oídos personales—el ademán vulgar y la contorsión teatral de quien tratase de halagar las pasiones de la multitud.

Por allí puede encontrarse preeminencia aún sobre el ilustre Rocafuerte: “Supera, no obstante al maestro — dice el Dr. Julio Tobar Donoso — en buen gusto y conocimientos literarios así como en amplitud de temas y dignidad en la expresión de las pasiones. No quiere decir esto que Moncayo oculte sus odios y que no estalle en imprecaciones desapiadadas contra sus enemigos. También él echa centellas y crudelísimos dardos; pero Moncayo se aprecia más a sí mismo y no hiere ni apedaza al adversario con aquella basta acrimonia propia del irascible Rocafuerte”. Y añade: “Hábil para la defensa más que para la exposición serena, sondea los defectos del contendor, saca partido de sus errores, extravíos e inconsecuencias, personaliza los debates. Y sin embargo, tiene su palabra más flexibilidad, más mesura y prudencia que la de muchos de sus amigos, los fundadores del primer liberalismo, en las discusiones religiosas. (1)

He ahí como involucra — en forma que se dijera antitética si no fuere frecuente en muchos oradores hispano-americanos de esos tiempos — en el empuje huracanado de su acción, un decir armonioso y clásico. Su romanticismo había de expresarse — es un fenómeno ya anotado en otros tribunos — por los moldes clásicos ya tradicionales, de marmórea perfección antigua.

Inútil, desde luego, pretender encontrar en actas de Congresos la palabra justa y clara, virtualmente rica, de Moncayo. A la falta de fidelidad taquigráfica se aunaría — para amenguar su auténtica excelencia y su virtud comunicativa — la ausencia de ese como insólito fulgor que animara y vivificara, en la tribuna, la expresión de su fisonomía, toda vibración y relieve.

Ninguna transcripción, por lo mismo. Queda la orquestación de su verbo lúcido y alguna vez amargo — como un eco lejano, pálido, casi infiel — en esas actas muertas en su fría dejadez, en su inane destrozo . . .

Ellas dirán, sin embargo, a los curiosos de la Historia, a los buscadores del pasado, del alto esfuerzo, de la noble animación de espíritu de los innovadores cuyo ensueño fuera ingerir en la

(1) Discurso de Recepción pronunciado por el doctor Julio Tobar Donoso, en sesión pública y solemne de la Academia Ecuatoriana.

carne de la nueva institución los hilos rojos y vitales de su sangre de idea, de su sentimiento avasallante.

Ellas dirán, en lo que se refiere a nuestro conterráneo, que unió todas las gallardías de la dignidad en escarceos fulgurantes y animados; que la vehemencia de su empeño, que el movimiento heroico de su alma, tendida — como por un impulso centrifugo — hacia la claridad amable de las redenciones, revelan al hombre de acendrada conciencia **cívica**, de carácter infrangible. Dirán que su valor fue probado en cien porfias llenas de clamores y de riesgos . . . y que, en fin, su vuelo de altiveces prefirió, en un sentido general, el abatimiento de sus ilusiones antes que mancillarse en la curva de la defección.

Cuando de la evocación de los hechos heroicos de la Independencia Americana se trataba o de los mártires que nos dieron Patria libre, entonces su elocuencia adquiría sonoridad homérica.

Entre las diversas ocasiones en que leyó, con éxito magnífico, sus discursos patrióticos, se distinguió en una en que recordó, en Santiago, admirable de visión y de concepto, un acontecimiento magno, cuyo cuadragésimo octavo aniversario se celebraba entonces: la batalla de Maipó. Hablaba, poquisimos días después del siniestro bombardeo de Valparaíso, en su condición de Vicepresidente de la Sociedad "Unión Americana". Y lo hizo con virtuosismo tan subyugante que Guillen Matt — que narra el hecho — termina así: "Es preciso haber escuchado ese discurso para comprender la extraña influencia que iba poseyendo al auditorio, a medida que el lector trazaba esos cuadros y nos presentaba a la Patria ofendida y lastimada. Y la lectura que había comenzado con acento varonil terminó con un coro de victoria espartano". (1)

Y es fama, difundida largamente, que en el Foro, en que auspició y defendió, con brio, la causa de la justicia y atenuó la de la humana fragilidad, mantuvo ese vivo fulgor de elocuencia y persuasión que hizo de su palabra algo como la voz arbitral y decisiva; tal era el convencimiento y la ponderación de sus trabajos en que el derecho y la probidad emergían, como una gran flor, de su espíritu claro.

Ibarra. (De Un conterráneo ilustre).

(1) "Dn. PEDRO MONCAYO EN CHILE".—Guiller Matty. Publicada en "Ilustración Ecuatoriana". Quito. Año 1º No. 2 Celiano Monge.

REVISTA DE LIBROS

HUGO MONCAYO

Comedias de Jorge Icaza. —
Edit., "Bolívar". — Quito.

Dice Jung en uno de los últimos estudios que ha publicado en la *Revista de Occidente* que la psicología arcaica no es tan sólo psicología de los primitivos, sino también psicología del hombre moderno y civilizado, para deducir de esta aseveración que el primitivo no es ni más lógico ni más ilógico que nosotros, sino que la distancia enorme en que se halla situado, depende de la suma de supuestos sobre los que finca su experiencia y que representan a su vez la extensión de su memoria. Recuerdo estos nuevos principios del *Ethos* prehistórico, porque al leer las comedias de que ahora me ocupo he creído descubrir en su autor a un discípulo fervoroso de esa escuela literaria de post-guerra que trata de adentrarse en el misterio de las ideas o los sucesos explotando la inducción de las causas, en las más triviales y vulgares expresiones de la diaria experiencia.

Siempre el amor, siempre el hambre! Y de uno a otro concepto, el ser humano considerado como abstracción girando en su parábola eterna. Realmente un crudo materialismo histórico se advierte en este joven autor que ha querido calarse las gafas de una descarnada experiencia antes de que la alondra juvenil ensaye su trino. Debe Jorge Icaza haber sufrido rudos golpes, para tornarse así de sensitivo y hondo: su aquilatada frialdad va de la angustia, sincera a fuerza de discreta, a la masculina razón de la sentencia.

¿Somos desgraciados? ¿Somos felices? He aquí los polos interrogantes que demarcan toda la trama vital del hombre, de la mujer, del padre, del hijo Bien pegadas las etiquetas diferenciales de la comedia humana: quedamos en que la vida nos señala de antemano o quizá nosotros construimos nuestro des-

tino? Nada nos sacará nunca de esta duda: "galeotes amarrados a los remos del tiempo" o simples elementos de convivencia social, un ciego determinismo nos empuja y nuestro grito rebelde casi siempre no es sino la expresión de una derrota anticipada. Saber mirar esta perenne y contraproducente batalla es sentirla y, en cierto modo, vencerla; ya que consignándola, lapidamos su significado. Desde luego, vana advertencia la suya. Porque la fuerza del destino, — no en el sentido que los augures, los exorcisadores, los aedas le dieron, — sino como ahora se la puede aceptar o sea: como matemático resultado de causales conocidas que infieren previstas influencias, es inatacable para el individuo, a su vez fuerte en su agonía e incapaz de toda anhelada huida.

Frente a la premisa del hambre, la del instinto, vigía de la especie. Y he aquí que el silogismo tiene su preámbulo integral y cierto: la naturaleza lo devora todo inclusive nuestras provisiones momentáneas y el dolor prolonga su poderío, bordado alguna vez de esperanzas.

* * *

La trama de estos apuntes de comedia es fuerte y con evidente vigor se ha logrado enhebrar en ella lentejuelas precisas de real existencia. Técnicamente, las escenas simplificadas guardan sus apartes con grandes silencios de oscuridad o impresionan los planos de su movimiento por medio de una curiosa y efectiva combinación que, borrando contornos, deja que actúen las siluetas de los héroes de la farsa. ¿Somos tan sólo máscaras animadas?, decía Lorraine. ¿Representamos las siluetas difusas de seguros abismos? cabe preguntarnos con Icaza, inteligente y travieso comediógrafo.

"Fábulas" por Luis Andrés Zúñiga. — Tegucigalpa. Tip. Nacional.

El Ministerio de Educación Pública de la ilustrada república centroamericana nos envía estas fábulas en las que el coronado poeta don Luis Andrés Zúñiga, patriarca de las letras hondureñas, reúne algunas prendas de su abundante producción.

Sabe el señor Zúñiga el precepto latino y enseña deleitando. A veces, su vena literaria se nutre de alegría y en otras, destila acre zumo de experimental conseja; pero siempre la forma correcta de su buen castellano abrillanta la profundidad intelectual o dá relieve a la aparente ligereza del discurso, de suerte que, en mérito de ameno es interesante y por enjundioso se presenta sencillo y diáfano.

Buen libro americano este aporte de integral simpatía ya que en todo el continente no parece sino que las ranas de la parsimonia, de acuerdo con las clásicas ocas capitolinas se hubiesen dado cita para rondar a la luna sus comunes y prosaicas ambiciones, cuando nó, su petulancia criolla; pues sabido es que del tutelaje hispano hemos caído en el servilismo menos justificable de francófila importación.

La vasta experiencia de Zúñiga se manifiesta inmanente en este libro y así, sin anuncio previo, se cuele la advertencia propicia por las amenas rendijas de su alegre prosa y penetra en el intelecto rozando los sentidos

“Repisas”. Cuentos por José de la Cuadra. — Guayaquil.

Decía don E. Barriobero y Herrán al editar el año pasado *Los Viejos Cuentos Españoles* que “el cuento es un instante literario agudo y ameno, que persigue el deleite o la sátira y no envuelve conflictos teatrales ni complicaciones novelescas”. Naturalmente, refería su concepto a la materia que con loable proligidad había recopilado para su obra, olvidando que al deleite y a la sátira puede unirse la emoción sentimental como finalidad también característica del cuento siempre que, desde luego, no llegue a revestirse con los atributos propios de la novela corta, el apólogo o la fábula.

Esta digresión anticuada de preceptiva viene al caso para situar el valor **específico** que los cuentos del señor de la Cuadra tienen a nuestro juicio, calificación tanto más útil y honrosa cuanto es muy escaso el número de escritores ecuatorianos que han cultivado con propiedad este difícil género literario.

Hay ligereza y amenidad, acierto emocional y un carácter dominante de realismo discreto en sus observaciones. Agradan sobre todo, porque el artista vela la reciedum-

bre del auscultador con lenguaje honesto y pulcro y porque en cada una de estas páginas se advierte constante la intención de simplificar el curso fatal de la realidad con una adjetivación acertada. Se diría que el autor ha querido electrocutar la sensibilidad en beneficio del espíritu y por esto solo le presentaríamos nuestro aplauso, sino fuese porque él le llega además, por su laboriosa juventud, realmente prometedora.

Si algún reparo puede hacerse, sería la confesión de nuestro parecer respecto a la materia misma de sus ensayos. ¿Por qué afanarse para que ella sea cosmopolita y extranjera, corriendo el riesgo explicable de una importación más o menos impropia? De la Cuadra debería emplear su pluma en una obra de criollismo sano y sincero, — que por otro lado ya se denota en alguno de los capítulos de este libro, — no sólo por patriotismo sino porque esta sería una más selecta e inmediata fuente de inspiraciones, ya que los cuentos, — “desechos de la historia” — como los llamaba Menéndez Pidal, — no son sino la corporización en el papel, del aliento fugitivo de la ciudad, el campo o el mar.

**“Campo Verde”, nuevos
cuentos gauchos por T. M.
González Barbé. — Mon-
tevideo.**

En las mañanas de las sierra el sol abrillanta las gotas de la lluvia invernal e irisa una constelación humilde de piedras finas que ruedan por las corolas del campo. Las espinas de los senderos indígenas acechan los rojos ponchos de los viandantes y el vaguido denso de los rebaños deja oír su bocina entre las hondanadas que fecundan el arado y el cielo. Es entonces cuando se despereza la antigua comarca de los Schyris y como si quisiera reconquistar su esplendor prehistórico, limpia la niebla de sus pupilas con un alegre gorgojo. Triunfa la luz y el optimismo en los Batanes como en Ichimbía, en el Panecillo como en las faldas del Ruco — Pichincha y así la égloga inaugura la jornada cotidiana.

No parece sino que el señor González Barbé hubiese querido recoger ese rocío diáfano y evanescente que hemos evocado para con él fijar los amplios paisajes de su espíritu. En las llanuras argentinas, en la generosa tierra próxima a la suya

propia, ha adquirido sencillez y emoción y ellas consagran en este libro sus distintivas cualidades.

Alienta en estos cuentos una brisa fresca e ingenua. Por eso, en ocasiones, logran conquistar plenamente al lector, principalmente cuando se ha fijado el hombre **en su naturaleza**. Campo de flores para batallas de amor pedía el clásico. Campo verde para delicadas expansiones ha descubierto este joven escritor acertando también en el título de su libro: si el arte fué lo **asur**, ¿por qué no consagrar ahora la magnífica potencia de la selva o del valle supeditando la arcangélica sutileza del cielo?

En ocasiones, el ritmo de la prosa adquiere una tono magro de fortaleza que contrasta con la infantil ternura de algunos relatos. Buen escritor el señor González Barbé, sabe descubrir el campo y auscultar el espíritu o lo que es lo mismo, de la tierra extrae el principio de toda su poesía.

Quito

**LOS GOBERNADORES DE
GUAYAQUIL DEL SIGLO XVIII**

I

Abel Romeo Castillo ha publicado en Madrid una obra de amplia documentación y escrupuloso examen de la vida guayaquileña del Siglo XVIII, valioso aporte para la Historia Patria, señaladamente para la de Guayaquil y prueba de la excelencia de los estudios históricos en el Ecuador que alcanzan notable desarrollo y se cultivan cada día con mayor entusiasmo, constancia y atención a los recursos de todo orden que han de completarlos y dirigirlos.

Si se tratara de escribir un capítulo, en algo parecido al que Andrenio dedicó a los ensayistas de España, a esos grandes espíritus de la generación del 98, que volvieron los ojos al pasado para sentirse más seguros de su visión del porvenir, aplicándolo a las condiciones ecuatorianas y a cierta generación de escritores cuyos libros y ensayos forman ya un todo conjunto, el nombre de Abel Romeo Castillo constaría en aquel estudio, al lado de los de quienes se han ocupado de trazar los cuadros de la vida colonial, observándolos con esa gracia y comprensión que pide el ensayo o con ese detalle de documento y de cita, de minucioso escolio y orden de juicio que reclama la historiografía, la monografía. No sería tal revisión de nuestros escritores, propiamente, la de los ensayistas ecuatorianos, pero allí se pudiera comprender a todos los que se han situado en aquel campo de perspicaces observaciones, muy parecidas a las de los españoles que componen la generación del 98, no porque todos hayan surgido en ese año, sino porque se dirigen y trabajan con idéntica inquietud atenta para el pasado y el descubrimiento, de investigación y de previsión.

Esos jóvenes escritores del Ecuador se han dedicado al estudio de la Colonia, de los primeros tiempos de la República, de los literatos de los siglos XVII y XVIII, de la belleza arquitectural de esas épocas, de las costumbres, de la escultura, etc. En varios de sus libros existe, por el orden y la exposición, una monografía, pero en otros, el deseo de acercar asuntos, de relacionarlos, da más bien en la flor del ensayo. Quevedo, Barrera, Navarro, Tobar Donoso, Jijón y Caamaño, Viteri L., para no citar sino a algunos de los que acuden a nuestra memoria, han empleado su inteligencia en disciplina tan amable, y, si revisáramos con mayor detenimiento el florecer intelectual de la hora, veríamos que en el poema, en la novela, en el artículo breve, el motivo propio, el recuerdo criollo, el tono nativista se acentúan y tienden a elevarse a categorías artísticas, o de emoción, o de color, o de sinceridad.

II

“Los Gobernadores de Guayaquil del Siglo XVIII” es la primera obra de la índole. Acerca de la colonia quiteña se han escrito muchas páginas, entre ellas, por su gusto completo y orientación de ensayo, el “Quito Colonial” de Isaac J. Barrera. Al Guayaquil de la Colonia, aparte de los escritores del folklore; le faltaba aquel que quisiera dar vida al documento, elevándolo con la descripción, apuntando el juicio, narrando y, lo que es más importante, ordenando. Esa satisfacción le cabe a un guayaquileño, Abel Romeo Castillo, doctor en Ciencias Históricas de la Universidad de Madrid, Correspondiente de la Academia Hispanoamericana de Cádiz y de la de Investigaciones Históricas de Guayaquil, de reciente fundación.

El autor ha puesto un subtítulo a su libro: *Notas para la historia de la ciudad durante los años de 1736 a 1803.* Esa declaración coincide exactamente con el espíritu que debe animar a la historiografía y que es el intento de la monografía. Y el libro del señor Castillo, de mérito para la historiografía, también puede ser considerado como una monografía porque se ocupa, extensamente, de un aspecto de la historia guayaquileña del siglo XVIII y en especial de los gobernadores de Guayaquil. Sin embargo, para que la obra adquiriera unidad, y algo más, relación con otras modalidades del siglo en el Ecuador, también relata el autor algo de la vida quiteña en los años

que convienen a su estudio y así sus puntos de vista no quedan aislados, sino que se fortalecen por la armonía. Tanto el historiógrafo como el monografista entregan los materiales al historiador. Ciertamente que con el desarrollo moderno de esta gran rama del género, el historiador que tanto tarda en aparecer, se quedará más que confuso y vacilante y quizá para emprender en el trabajo de la historia, o un solo hombre acudirá a las grandes síntesis o se verá obligado a contar con la colaboración de otros, como ya lo hizo el Rey Alfonso el Sabio, por la multiplicidad de datos y de materiales, imprimiendo, eso sí, la unidad, creando la vértebra para la vida de la gran crónica.

Creemos que estos materiales que tan bien ha dispuesto, de los que con acierto ha sabido aprovechar el señor Castillo, constituirán las mejores notas para la historia de la ciudad de Guayaquil, y por eso, para la del Ecuador. El autor de este libro que llamaremos más amplia y propiamente de historia, como conoce las ciencias históricas, como ha estudiado e investigado, no puede desvincular, aislar. Así el valor que tienen sus capítulos, si no de profundo análisis, a lo menos de visión comprensiva y documentada de algunos aspectos de la vida colonial de Quito (en la introducción del volumen trata de la Audiencia), sirven para formarse concepto íntegro de la modalidad del siglo en todo el territorio que más tarde llegó a ser la República del Ecuador. El señor Altamira, en su docto prólogo, resuelve el escrúpulo del señor Castillo de no haber añadido un capítulo que trate del estado social, político y religioso de la ciudad de Guayaquil en la época de los Gobernadores y cree que el libro es completo. Así lo hemos creído nosotros. Pero hasta en ese detalle se advierte el anhelo del historiógrafo que se ha documentado con verdadero cariño de estudioso. Y es que los estudios abren nuevos horizontes. Por el vértice de una consulta se descubre el campo de otra investigación. La coherencia se traduce en la amplitud. La claridad en el deseo de explicar. El conocimiento en la necesidad de llenar páginas y más páginas. Ciertamente que la síntesis también es prueba de saber, pero aquel procedimiento no puede ser en todo el de los tratados históricos de la índole de la obra que leemos y que reclama más bien detención y minuciosos apuntes.

Quisiéramos estudiar todos los capítulos del libro, de veras interesante, del señor Castillo. Pero el simple comentario bibliográfico se convertiría en un extenso artículo. El señor

Altamira, al estimular con su amistosa frase a nuestro compatriota, trata de los magníficos frutos de la Universidad madrileña y expresa que ese trabajo es el primero que se ha escrito sobre la materia. Tiene razón, y nuestro elogio será el de decir que acierta en la cualidad de su contenido completo. Los capítulos se relacionan muy bien, las notas están cuidadosamente dispuestas, la bibliografía es copiosísima, así española, como hispanoamericana y especialmente nacional, los índices facilitarán la consulta por su escrupulosa clasificación y especial distribución.

Daremos siquiera breve idea del libro. Se divide en seis grandes partes, además de la introducción y la conclusión, fuentes e índices. La primera, erección a Gobierno militar del Corregimiento de Guayaquil y las siguientes consagradas a los gobiernos de los señores D. Juan Antonio Zelaya y Vergara, D. Francisco de Ugarte, D. Ramón García de León y Pizarro, D. José de Aguirre Irrisari y D. Juan de Mata y Urbina. Dentro de esas partes constan capítulos de ampliación histórica como las opiniones de Alcedo y los Ulloa acerca de la importancia de la ciudad de Guayaquil, su puerto y astillero, la historia de los tres últimos Corregidores de Guayaquil, estudio de la Real Cédula de erección del Gobierno militar de Guayaquil y muchísimos detalles y exposiciones.

El autor plantea cuadros completos de las actividades administrativas, de todos y cada uno de los gobiernos de Guayaquil en el siglo XVIII, en los que no faltan los episodios que imprimieron carácter, y otras puntos históricos como el fallecimiento en Guayaquil del Oidor de Quito, doctor don Félix de Llano y Valdez, en la época del Gobierno de D. Juan Antonio Zelaya y Vergara; el establecimiento del Colegio de los Jesuitas en Guayaquil; la rápida revisión de las décimas del Padre Juan B. Aguirre, tan bien estudiado por Zaldumbide, en elogio de Guayaquil la primera y la segunda en descrédito de Quito; la histórica enumeración de los defectos de la familia Pizarro, y tantos y tantos otros procesos históricos que se relacionan, naturalmente, con la Historia española.

III

Esta obra, fruto de estudio y que constituyó la tesis presentada para obtener el Grado de doctor en Filosofía y Letras

en la sección de Historia, calificada con la censura de sobresaliente y que mereció el Premio extraordinario, abre su primera página, la de honor, con una dedicatoria filial de las más recomendables, y sencilla y clara, como el estilo de nuestro compatriota, que es, por lo demás, el estilo propio del narrador de la historia. Cedemos al agrado de copiarla: "Mamá Bathsabé y papá José Abel: Este primer libro, fruto de ocho años de ausencia y de tantos desvelos y fatigas, vuestras y mías, os lo dedico a vosotros, porque sois los dos seres que más quiero sobre la tierra, y porque desde la distante y nunca olvidada ciudad natal me habéis alentado y estimulado en todo momento con vuestra ciega fe en mí. Si hay algo de mérito en él, a vosotros se debe y no a mí, que sólo puse la intención de hacerme digno de vuestro infinito amor".

IV

Uno de nuestros compañeros anotaba el florecimiento de las producciones intelectuales en el Ecuador, en todos los géneros literarios y en la Historia que es uno de los que corresponden al dominio extenso de las bellas letras y de más antiguas raíces y de bellísimas ramificaciones. No podía ser más acertada esa observación. Escritores, novelistas, poetas, ensayistas e historiadores ecuatorianos trabajan con rara fé; unos guardan sus originales en la prisión de la gaveta y los demás logran que sus ideas y sentimientos brillen en el espejo del libro y aún que viajen para despertar la curiosidad de lectores distantes. ¿Se dirá que para las letras nacionales hay algo así como un Renacimiento?, se preguntaba nuestro compañero. La respuesta puede ser de relativa afirmación. Y como en esas épocas de renacer, de recomenzar, de construir — descubrimientos o lentas miradas hacia el pasado—, la literatura ecuatoriana de hoy busca y encuentra todas esas formas que han de traducirse al fin en su verdadero carácter de nacionalidad, de propiedad. Ya florecen el cuento tropical y el cuento morlaco. La hagiografía se empeña por destacar el perfil de las figuras angélicas de nuestros retablos. La Historia se ofrece en aquellas síntesis viriles, precisas, humanas, de los capítulos escritos por Oscar Efren Reyes, con justa medida en el núcleo narrativo y sereno juicio en la pragmática. El poema se desarrolla en la caligrafía ecuatorial de los cuadernos indios. El ensayo busca relaciones y armonías vitales.

MANUEL UGARTE

De la prestigiosa editorial "Le Livre Libre" de París que se ha empeñado en reunir las buenas producciones del pensamiento hispano americano, acaba de salir el último libro de César E. Arroyo: "Manuel Ugarte".

Ya es considerable la obra de César Arroyo, desde su primer libro, "Retablo", colección de crónicas de varia índole, pintorescas, amables, de crítica impresionista, de gracia alada en el decir y luego en libros que ha dado a luz en diferentes épocas, como su conferencia acerca del Romancero Ecuatoriano, contemplación de los motivos poéticos populares e históricos que pueden formar esa floresta de tradición y de peculiarísimos rasgos como los del Romancero Castellano y que tanto carácter imprimen en la fisonomía nacional; sus poemas dramáticos; su estudio de la magna obra de don Benito Pérez Galdós; su crónica futurista acerca de Vasconcelos, advertido por el escritor entusiasta y de castiza frase en el alto sitial de la Presidencia de México, ejercitando trabajo de poderosa organización y de fecunda siembra en el campo de la educación pública, siempre con el alerta de esa dirección optimista que ha escrito en los libros de los clásicos, multiplicados en ediciones ricas para los estudiosos de la tierra mexicana y de la América toda: "Por mi raza hablará el espíritu"; su novela "Iris". . . .

"Manuel Ugarte", su último libro, es una colección de crónicas que seducen por el estilo y reflejan, además, la valía y el sentido de la vida y de la obra de Ugarte. Hace unos dos años Nicolás Jiménez al trazar un benévolo estudio acerca de la prosa en el Ecuador, consideraba a César Arroyo como a uno de los mejores prosadores nuestros. Tal opinión era realmente autorizada y contaba con la fuerza del concepto unánime. Esa creencia se ha vigorizado más, y los lectores de Arroyo, del país y de afuera, están acordes en reconocer a su prosa como a una de las más fluidas, correctas y musicales, matizada de hermosas imágenes, entusiasta, cálida, en veces pictórica.

¿Cuál será, de entre los géneros de prosa, aquel que sea el preferido por Arroyo, aquel para el cual se sienta con mejores impulsos? la respuesta es sumamente fácil: la crónica. Ese género modernísimo y de tanta aptitud para tratar de todos los asuntos, sin profundidades didácticas ni vuelos oratorios,

ha encontrado en Arroyo un feliz y muy bien dotado cultivador.

"Manuel Ugarte" es una crónica extensa o más bien una serie de crónicas acerca de ese "Creador de la Nueva América", como fué llamado por Benjamín Carrión en su primer libro, editado, asimismo, como este de Arroyo, en la Casa parisina.

La campaña hispano americana de Ugarte ha merecido la cariñosa apología de Arroyo el cual se refiere en abundante frase a nuestro solar de América que tanto preocupa a escritores como Keyserling y Waldo Frank, el literato y pensador de los Estados Unidos de Norte América cuya visión se ha concretado, casi exclusivamente, a contemplar el porvenir de la América de habla castellana.

Cada una de las crónicas que componen el nuevo libro de Arroyo, "Manuel Ugarte", pudiera publicarse muy bien separadamente, correspondiendo siempre a un detalle de la existencia o de la obra de Ugarte, tan compenetrados y armónicos; pero reunidas así, en el libro, tienen armonía y acaban por dejar en nuestro ánimo una impresión bastante completa del magnífico escritor que ha merecido, de parte de varios de sus elogiantes, el nombre de Apóstol de su cruzada americanista.

El estudio se mezcla, a veces, con la anécdota; los recuerdos personales se ordenan en la mayor parte de esos capítulos y en el último se han dispuesto varias de las opiniones universales a propósito de Manuel Ugarte y su obra, como en Antología de los juicios que mereció de la opinión ilustrada e inteligente, y, por lo mismo, valiosa.

ERRATA

En la página 404, último renglón, dice: (1) José Enrique Rodó. **Hombres de América**; léase: Guyau. **Los Problemas de la Estética Contemporánea**.

INDICE

A

	Páginas	
América	Nuestras palabras	3
"	Notas	84
Arias Augusto	Montalvo centenario	5
"	Sonetos exhumados: Mayo profano, Velada, Trébol, Propósito fugaz	306
"	Libros ecuatorianos	455
Arroyo César E.	En la fiesta de la madre	104
"	Santiago Rusiñol	220
"	La arquitectura colonial	317
"	La inspiradora de Tristán e Iseo	426
Arciniegas Ismael Enrique	Poemas: Cromo vespertino, Croquis campesino, Cromo matutino, El hijo del Virrey, La hija del Virrey	240
"	El poeta mira al parque	312

B

Bossano Luis	Aspectos de nuestro problema indigena	364
--------------------	---	-----

C

Cárdenas de Bustamante Hipatia	Prosas Líricas	157
Coryle Mary	Mi canto es América	176
Caparros Carlos Arturo	Poemas: Guía, El canto de la fuente, El secreto de las cosas	181
Cansinos Assens	Poemas de la ternura indeterminada	243
Carrera Andrade Jorge	Tránsito	251
Contreras Francisco	Origen de la Raza y la cultura Hispanoamericana	253
Castañeda Aragón G.	Poemas: Toledo, Saludo centenario a Bolívar	357
Crespo Toral Renégio	Prosa lírica	358

E

Endara Carlos H.	Montalvo panfletario	158
Escudero Gonzalo	Los huracanes	217
Escudero Jorge	Conferencia en el centenario de Hegel	377

F

Fusco Sansone Nicolás	Poemas: El canto de los brazos abiertos, Tu cuerpo en el mar	167
Fiallo Fabio	Poemas: Quien fuera tu espejo, Sándalo	363

G

Gil de Rais	El centenario de Montalvo ..	178
-------------------	------------------------------	-----

J

Jiménes Max	Poemas: Rastras, Del baile, Genealogía	348
Jiménez Nicolás	Hegel	351

L

Leoro S. José M.	El Sr. Dn. Pedro Moncayo y Esparza	445
-----------------------	--	-----

M

Moncayo Hugo	El correo de ultramar 78, 195,	280
" "	Simón de Bolívar, el mozo .	112
" "	La nueva España	210
" "	La transformación liberal en el Ecuador	289
" "	El Poeta Humberto Fierro .	400
" "	Revista de libros	450
Martínez Alfredo	(Compilación). La ideología de Montalvo ... 67, 183,	230
Montalvo Antonio	Romance campesino	96
" "	Canto al mar de Colón	225
" "	Canto a Baños	321
" "	Imán	275
" "	Poemas: La niña de nácar, Paicaje	398
" "	Francisco Contreras	442
Marañón Gregorio	Juventud, comprensión	97

O

Ortega y Gasset José	Un discurso trascendental ..	431
----------------------------	------------------------------	-----

	Páginas
R	
Rodó José Enrique	Montalvo
Reyes Oscar Efrén	Un capítulo de "Historia de la República"
Romero y Cordera Remigio	Poemas: Yo soy árbol cañari, La tristeza del sol, El paisaje infinito
"	Poemas: Parábola del árbol, El era un hombre raro, Parábola de las barcas, Abrete corazón a la esperanza
	16
	109
	205
	417
S	
Silva Medardo Angel	A las dulces y laboriosas hormigas
Sabat Ercasti Carlos	Libro del corazón
Sánchez Luis Anibal	El amor único
Silva Valdés Fernán	Poemas: El indio, A un río, El nido
	202
	115
	324
	391
U	
Ugarte Manuel	La obra continental
"	El fin de las oligarquías latinoamericanas
	93
	272
V	
Varios Autores	Solidaridad Bolivariana: Telegrama dirigido por el grupo América a sus amigos de Colombia
"	En torno de un libro
"	Epistolario
"	Bibliografía
Vasconcelos José	La nueva ideología
Vaca Teimo N.	Poemas: El violín se desangra, La virtud de la fuente azul
	287
	329
	366
	370
	419
	425
Z	
Zaldumbide Gonzalo	Alocución
"	Prólogo a la "Romería de las Carabelas"
"	Homenaje al Ministro de Colombia
"	Heraldo
	61
	201
	308
	394

CRISOL

Revista de crítica, publicada por
el Bloque de Obreros Intelectuales
de México

Jefe de Redacción:
M. D. Martínez Rendón

Administrador:
A. Martínez de Aguilar

Suscripción anual, 2 dólares
México, D. F.—Apartado N° 1979

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicada por la Unión Ibero-
Americana

Suscripción anual, en España y
América:
15 pesetas

Dirección postal:
Calle del Duque de Medinaceli, 8
Madrid, España

ORTO

Revista de difusión cultural

Director fundador:
Juan F. Sariol

Suscripción anual, \$ 3,50

Manzanillo, Cuba

CERVANTES

Directores:
Arturo Zapata
Rafael Mayo

Gerente:
Bernardo Londoño Villegas

12 números, \$ 1,50

Apartado N° 404

Bogotá, Colombia

LA REVUE MONDIALE

Ancienne Revue des Revues
Encyclopédie de quinzaine

Fundateur:
Jean Finot

Directeur:
Louis Jean Finot

Dirección postal:
Paris, 45, rue Jacob (6e)

ECUADOR

Revista de cultura
y propaganda

Dirige:

Victor H. Escala

Caracas, Venezuela

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
De Filosofía y Letras, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos

DIRECTOR:

J. GARCIA MONGE

Suscripción anual: 6 dólares

DIRECCION:

Apartado Letra X.

SAN JOSE DE COSTA RICA, CENTRO AMERICA.

N O S O T R O S

REVISTA MENSUAL DE LETRAS, ARTE, HISTORIA,
FILOSOFIA Y CIENCIAS SOCIALES.

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI

ROBERTO F. GIUSTI

SECRETARIO:

EMILIO SUAREZ CALIMANO

Suscripción anual: ocho dólares

Dirección y Administración:

LAVALLE 1430. U. T. (38) 4341 Mayo

BUENOS AIRES, ARGENTINA